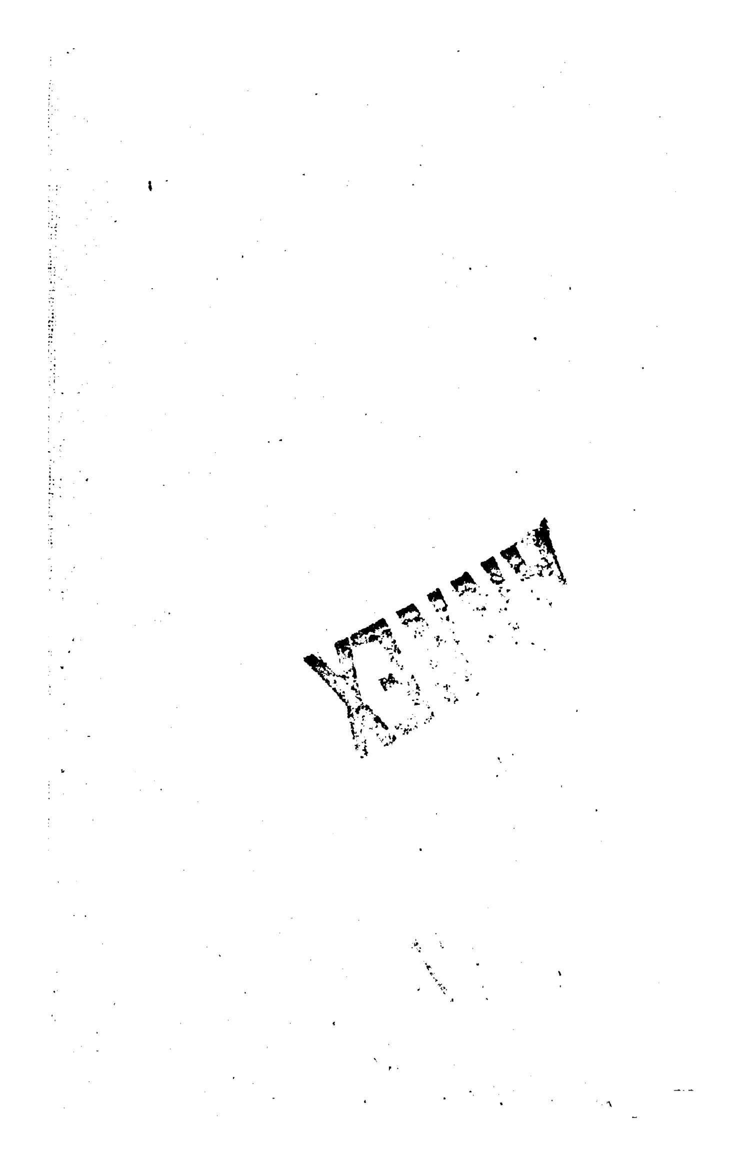


George

George

FÁBULAS LITERARIAS

DE

D. TOMÁS DE IRIARTE

COTEJADAS CON EL BORRADOR ORIGINAL

CON ADICION DE

SEIS FÁBULAS ORIGINALES

QUE FALTAN EN LAS DEMAS EDICIONES

Y

OTRAS CATORCE DE FEDRO

TRADUCIDAS POR EL AUTOR

Usus vetusto genere, sed rebus novis.—PHED. LIB. IV. PROL.

PRIMERA EDICION AMERICANA

REPRODUCIDA DE LA ÚLTIMA EUROPEA

NUEVA YORK
LIBRERÍA DE D. APPLETON Y COMPAÑÍA
90, 92 Y 94 GRAND STREET
1869

ADVERTENCIA DEL EDITOR,

PUESTA AL FRENTE DE LA PRIMERA IMPRESION, DE 1782.

Porque empezaban á andar en manos de los curiosos algunas copias diminutas y viciadas de estas Fábulas, me pareció que haria un servicio al público literario en pedírselas á su autor, valiéndome de la amistad que le debo, y en darlas á luz con su beneplácito. No quiero preocupar el juicio de los lectores acerca del mérito de ellas; sí solo prevenir á los ménos versados en nuestra erudicion, que esta es la primera coleccion de fábulas enteramente originales que se ha publicado en castellano. Y así como para España tienen esta particular recomendacion, tienen otra, aun para las naciones extranjeras: conviene á saber, la novedad de ser todos sus asuntos contraidos á la

literatura. Los inventores de fábulas meramente morales desde luego han hallado en los brutos propiedades, de que hacer cómodas aplicaciones á los defectos humanos, en lo que pertenece á las costumbres, porque los animales tienen sus pasiones; pero como estos no leen ni escriben, era mucho mas difícil advertir en ellos particularidades que pudiesen tener relacion, ó con los vicios literarios, ó con los preceptos que deben servir de norma á los escritores.

La doctrina que sobre uno y otro punto encierran estos apólogos, va amenizada con la variedad de la versificacion; y para llamar la atencion de los jóvenes que los lean, y se inclinen al arte métrica castellana, se ha añadido al fin de la obra un breve índice de los cuarenta géneros de metro en que está compuesta, empezando por los de catorce sílabas, y acabando por los de cuatro.

PRÓLOGO.

FÁBULA I.

EL ELEFANTE Y OTROS ANIMALES.

Allá en tiempo de entónces,
Y en tierras muy remotas,
Cuando hablaban los brutos
Su cierta jerigonza,
Notó el sabio Elefante
Que entre ellos era moda
Incurrir en abusos
Dignos de gran reforma.
Afeárselos quiere;
Y á este fin los convoca.
Hace una reverencia
A todos con la trompa,
Y empieza á persuadirlos

Con una arenga docta
Que para aquel intento
Estudió de memoria.
Abominando estuvo
Por mas de un cuarto de hora
Mil ridículas faltas,
Mil costumbres viciosas:
La nociva pereza,
La afectada bambolla,
La arrogante ignorancia,
La envidia maliciosa.
Gustosos en extremo,
Y abriendo tanta boca,
Sus consejos oían
Muchos de aquella tropa:
El Cordero inocente,
La siempre fiel Paloma,
El leal Perdiguero,
La Abeja industriosa,
El Caballo obediente,
La Hormiga afanadora,
El hábil Jilguerillo,
La simple Mariposa.
Pero del auditorio

Otra porcion no corta,
Ofendida, no pudo
Sufrir tanta parola.
El Tigre, el rapaz Lobo
Contra el censor se enojan.
¡ Qué de injurias vomita
La Sierpe venenósa !
Murmuran por lo bajo,
Zumbando en voces roncas,
El Zángano, la Abispa,
El Tábano y la Mosca.
Sálense del concurso,
Por no escuchar sus glorias,
El Cigarron dañino,
La Oruga y la Langosta.
La Garduña se encoge;
Disimula la Zorra;
Y el insolente Mono
Hace de todo mofa.
  Estaba el Elefante
Viéndolo con pachorra;
Y su razonamiento
Concluyó en esta forma:
A todos y á ninguno

Mis advertencias tocan:
Quien las siente, se culpa;
El que no, que las oiga.
  Quien mis Fábulas lea,
Sepa tambien que todas
Hablan á mil naciones,
No solo á la española.
Ni de estos tiempos hablan;
Porque defectos notan
Que hubo en el mundo siempre,
Como los hay ahora.
Y pues no vituperan
Señaladas personas,
Quien haga aplicaciones,
Con su pan se lo coma.

FÁBULA II.

EL GUSANO DE SEDA Y LA ARAÑA.

Trabajando un Gusano su capullo,
La Araña, que tejia á toda prisa,

De esta suerte le habló con falsa risa,
Muy propia de su orgullo:
¿Qué dice de mi tela el seor Gusano?
Esta mañana la empecé temprano,
Y ya estará acabada á mediodia.
Mire qué sutil es, mire qué bella...
El Gusano con sorna respondia:
Usted tiene razon: así sale ella.

FÁBULA III.

EL OSO, LA MONA Y EL CERDO.

Un Oso con que la vida
Ganaba un piamontes,
La nó muy bien aprendida
Danza ensayaba en dos piés.
  Queriendo hacer de persona,
Dijo á una Mona: ¿Qué tal?
Era perita la Mona,
Y respondióle: Muy mal.
  Yo creo, replicó el Oso,

Quê me haces poco favor.
¿ Pues qué, mi aire no es garboso ?
¿ No hago el paso con primor ?
  Estaba el Cerdo presente,
Y dijo: Bravo! bien va!
Bailarin mas excelente
No se ha visto, ni verá.
  Echó el Oso, al oir esto,
Sus cuentas allá entre sí,
Y con ademan modesto
Hubo de exclamar así:
  Cuando me desaprobaba
La Mona, llegué á dudar;
Mas ya que el Cerdo me alaba,
Muy mal debo de bailar.
  Guarde para su regalo
Esta sentencia un autor:
Si el sabio no aprueba, malo!
Si el necio aplaude, peor!

FÁBULA IV.

LA ABEJA Y LOS ZÁNGANOS.

A tratar de un gravísimo negocio
Se juntaron los Zánganos un dia.
Cada cual varios medios discurria
Para disimular su inútil ocio;
Y por librarse de tan fea nota
A vista de los otros animales,
Aun el mas perezoso y mas idiota
Queria, bien ó mal, hacer panales.
Mas como el trabajar les era duro,
Y el enjambre inexperto
No estaba muy seguro
De rematar la empresa con acierto,
Intentaron salir de aquel apuro
Con acudir á una colmena vieja,
Y sacar el cadáver de una Abeja
Muy hábil en su tiempo y laboriosa;
Hacerla con la pompa mas honrosa
Unas grandes exequias funerales,
Y susurrar elogios inmortales

De lo ingeniosa que era
En labrar dulce miel y blanda cera.
  Con esto se alababan tan ufanos,
Que una Abeja les dijo por despique:
¿No trabajáis mas que eso? Pues, hermanos,
Jamas equivaldrá vuestro zumbido
A una gota de miel que yo fabrique.
  ¡Cuántos pasar por sabios han querido
Con citar á los muertos que lo han sido!
¡Y qué pomposamente que los citan!
Mas pregunto yo ahora: los imitan?

FÁBULA V.

LOS DOS LOROS Y LA COTORRA.

De Santo Domingo trajo
Dos Loros una señora.
La isla en parte es francesa,
Y en otra parte, española.

Así cada animalito
Hablaba distinto idioma.
Pusiéronlos al balcon,
Y aquello era Babilonia.
De frances y castellano
Hicieron tal pepitoria,
Que al cabo ya no sabian
Hablar ni una lengua ni otra.
El frances del español
Tomó voces, aunque pocas;
El español al frances
Casi se las toma todas.
  Manda el ama separarlos;
Y el frances luego reforma
Las palabras que aprendió
De lengua que no es de moda.
El español al contrario,
No olvida la jerigonza,
Y aun discurre que con ella
Ilustra su lengua propia.
Llegó á pedir en frances
Los garbanzos de la olla;
Y desde el balcon de enfrente
Una erudita Cotorra

La carcajada soltó,
Haciendo del Loro mofa.
Él respondió solamente,
Como por tacha afrentosa:
Vos no sois que una PURISTA;
Y ella dijo: *A mucha honra.*
¡Vaya que los Loros son
Lo mismo que las personas!

FÁBULA VI.

EL MONO Y EL TITIRITERO.

El fidedigno Padre Valdecebro,
Que en discurrir historias de animales
Se calentó el celebro,
Pintándolos con pelos y señales;
Que en estilo encumbrado y elocuente
Del Unicornio cuenta maravillas,
Y el Ave-Fénix cree á pié juntillas,
(No tengo bien presente

Si es en el libro octavo ú en el nono)
Refiere el caso de un famoso Mono.
Este pues, que era diestro
En mil habilidades, y servia
A un gran Titiritero, quiso un dia,
Miéntras estaba ausente su maestro,
Convidar diferentes animales,
De aquellos mas amigos,
A que fuesen testigos
De todas sus monadas principales.
Empezó por hacer la mortecina;
Despues bailó en la cuerda á la arlequina,
Con el salto mortal, y la campana;
Luego el despeñadero,
La espatarrada, vueltas de carnero,
Y al fin el ejercicio á la prusiana:
De estas y de otras gracias hizo alarde.
Mas lo mejor faltaba todavía;
Pues, imitando lo que su amo hacia,
Ofrecerles pensó, porque la tarde
Completa fuese y la funcion amena,
De la linterna mágica una escena.
Luego que la atencion del auditorio
Con un preparatorio

Exordio concilió, segun es uso,
Detras de aquella máquina se puso;
Y durante el manejo
De los vidrios pintados
Fáciles de mover á todos lados,
Las diversas figuras
Iba explicando con locuaz despejo.
Estaba el cuarto á oscuras,
Cual se requiere en casos semejantes;
Y aunque los circunstantes
Observaban atentos,
Ninguno ver podia los portentos
Que con tanta parola y grave tono
Les anunciaba el ingenioso Mono.
Todos se confundian, sospechando
Que aquello era burlarse de la gente.
Estaba el Mono ya corrido, cuando
Entró maese Pedro de repente.
É informado del lance, entre severo
Y risueño le dijo: Majadero,
¿De qué sirve tu charla sempiterna,
Si tienes apagada la linterna?
Perdonadme, sutiles y altas Musas,
Las que hacéis vanidad de ser confusas:

¿Os puedo yo decir con mejor modo
Que sin la claridad os falta todo?

FÁBULA VII.

LA CAMPANA Y EL ESQUILON.

En cierta catedral una Campana habia
Que solo se tocaba algun solemne dia.
Con el mas recio son, con pausado compas
Cuatro golpes, ó tres solia dar no mas.
Por esto, y ser mayor de la ordinaria marca,
Celebrada fué siempre en toda la comarca.
Tenia la ciudad en su jurisdiccion
Una aldea infeliz, de corta poblacion,
Siendo su parroquial una pobre iglesita,
Con chico campanario á modo de una ermita;

Y un rajado Esquilon, pendiente en medio de él,
Era allí quien hacia el principal papel.
A fin de que imitase aqueste campanario
Al de la catedral, dispuso el vecindario
Que despacio, y muy poco el dichoso Esquilon
Se hubiese de tocar solo en tal cual funcion.
Y pudo tanto aquello en la gente aldeana,
Que el Esquilon pasó por una gran Campana.
Muy verosímil es; pues que la gravedad
Suple en muchos así por la capacidad.
Dígnanse rara vez de despegar sus labios,
Y piensan que con esto imitan á los sabios.

FÁBULA VIII.

EL BURRO FLAUTISTA.

Esta fabulilla,
Salga bien ó mal,
Me ha ocurrido ahora
Por casualidad.
  Cerca de unos prados,
Que hay en el lugar,
Pasaba un Borrico
Por casualidad.
  Una flauta en ellos
Halló, que un zagal
Se dejó olvidada
Por casualidad.
  Acercóse á olerla
El dicho animal;
Y dió un resoplido
Por casualidad.
  En la flauta el aire
Se hubo de colar;

Y sonó la flauta
Por casualidad.
"Oh! dijo el Borrico:
Qué bien sé tocar!
Y dirán que es mala
La música asnal."
Sin reglas del arte
Borriquitos hay
Que una vez aciertan
Por casualidad.

FÁBULA IX.

LA HORMIGA Y LA PULGA.

Tienen algunos un gracioso modo
De aparentar que se lo saben todo,
Pues cuando oyen ó ven cualquiera cosa,
Por mas nueva que sea y primorosa,
Muy trivial y muy fácil la suponen,
Y á tener que alabarla no se exponen.

Esta casta de gente
No se me ha de escapar, por vida mia,
Sin que lleve su fábula corriente,
Aunque gaste en hacerla todo un dia.
  A la Pulga la Hormiga referia
Lo mucho que se afana,
Y con qué industrias el sustento gana;
De qué suerte fabrica el hormiguero;
Cuál es la habitacion, cuál el granero;
Cómo el grano acarrea,
Repartiendo entre todas la tarea;
Con otras menudencias muy curiosas,
Que pudieran pasar por fabulosas,
Si diarias experiencias
No las acreditasen de evidencias.
  A todas sus razones
Contestaba la Pulga, no diciendo
Mas que estas, ú otras tales expresiones:
Pues ya; sí; se supone; bien; lo entiendo;
Ya lô decia yo; sin duda; es claro;
Está visto; ¿ tiene eso algo de raro?
  La Hormiga, que salió de sus casillas
Al oir estas vanas respuestillas,

Dijo á la Pulga: Amiga, pues yo quiero
Que venga usted conmigo al hormiguero.
Ya que con ese tono de maestra
Todo lo facilita y da por hecho,
Siquiera para muestra,
Ayúdenos en algo de provecho.
La Pulga, dando un brinco muy ligera,
Respondió con grandísimo desuello:
Miren qué friolera!
¿Y tanto piensas que me costaria?
Todo es ponerse á ello . . .
Pero . . . tengo que hacer . . . Hasta otro dia.

FÁBULA X.

LA PARIETARIA Y EL TOMILLO.

Yo leí, no sé dónde, que en la lengua herbolaria
Saludando al Tomillo la yerba Parietaria

Con socarronería le dijo de esta suerte:
Dios te guarde, Tomillo: lástima me da verte;
Que aunque mas oloroso que todas estas plantas,
Apénas medio palmo del suelo te levantas.
Él responde: Querida, chico soy; pero crezco
Sin ayuda de nadie. Yo sí te compadezco;
Pues, por mas que presumas, ni medio palmo puedes
Medrar, si no te arrimas á una de esas paredes.

Cuando veo yo algunos que de otros escritores
A la sombra se arriman, y piensan ser autores
Con poner cuatro notas, ó hacer un prologuillo,
Estoy por aplicarles lo que dijo el Tomillo.

FÁBULA XI.

LOS DOS CONEJOS.

Por entre unas matas,
Seguido de perros,
(No diré corria)
Volaba un Conejo.
De su madriguera
Salió un compañero,
Y le dijo: tente,
Amigo, ¿qué es esto?
¿Qué ha de ser? responde:
Sin aliento llego. . .
Dos pícaros galgos
Me vienen siguiendo.
Sí, replica el otro,
Por allí los veo.
Pero no son galgos.—
¿Pues qué son?—Podencos.—
¿Qué? Podencos dices?
Sí, como mi abuelo.

Galgos, y muy galgos:
Bien visto lo tengo.—
Son podencos: vaya,
Que no entiendes de eso.—
  Son galgos te digo.—
Digo que podencos.
  En esta disputa
Llegando los perros,
Pillan descuidados
A mis dos Conejos.
  Los que, por cuestiones
De poco momento,
Dejan lo que importa,
Llévense este ejemplo.

FÁBULA XII.

LOS HUEVOS.

Mas allá de las islas Filipinas
Hay una que ni sé cómo se llama,

Ni me importa saberlo, donde es fama
Que jamas hubo casta de gallinas,
Hasta que allá un viajero
Llevó por accidente un gallinero.
Al fin tal fué la cria, que ya el plato
Mas comun y barato
Era de huevos frescos; pero todos
Los pasaban por agua, que el viajante
No enseñó á componerlos de otros modos.
Luego de aquella tierra un habitante
Introdujo el comerlos estrellados.
¡O qué elogios se oyeron á porfía
De su rara y fecunda fantasía!
Otro discurre hacerlos escalfados . . .
Pensamiento feliz! . . . Otro, rellenos . . .
Ahora sí que están los huevos buenos!
Uno despues inventa la tortilla;
Y todos claman ya ¡qué maravilla!
No bien se pasó un año,
Cuando otro dijo: sois unos petates;
Yo los haré revueltos con tomates:
Y aquel guiso de huevos tan extraño,

Con que toda la isla se alborota,
Hubiera estado largo tiempo en uso
A no ser porque luego los compuso
Un famoso extranjero á la *Hugonota*.
  Esto hicieron diversos cocineros;
Pero ¡ qué condimentos delicados
No añadieron despues los reposteros !
Moles, dobles, hilados,
En caramelo, en leche,
En sorbete, en compota, en escabeche.
  Al cabo todos eran inventores,
Y los últimos huevos los mejores.
Mas un prudente anciano
Les dijo un dia: presumís en vano
De esas composiciones peregrinas.
Gracias al que nos trajo las gallinas!
  ¡ Cuántos autores nuevos
No se pudieran ir á guisar huevos
Mas allá de las islas Filipinas!

FÁBULA XIII.

EL PATO Y LA SERPIENTE.

A orillas de un estanque
Diciendo estaba un Pato:
¿A qué animal dió el cielo
Los dones que me ha dado?
Soy de agua, tierra y aire:
Cuando de andar me canso,
Si se me antoja, vuelo.
Si se me antoja, nado.
Una Serpiente astuta,
Que le estaba escuchando,
Le llamó con un silbo,
Y le dijo: Seo guapo,
No hay que echar tantas plantas;
Pues ni anda como el gamo,
Ni vuela como el sacre,
Ni nada como el barbo.
Y así tenga sabido
Que lo importante y raro
No es entender de todo,
Sino ser diestro en algo.

FÁBULA XIV.

EL MANGUITO, EL ABANICO Y EL QUITASOL.

Si querer entender de todo
Es ridícula presuncion,
Servir solo para una cosa
Suele ser falta no menor.
Sobre una mesa cierto dia
Dando estaba conversacion
A un Abanico y á un Manguito
Un Parágüas ó Quitasol;
Y en la lengua que en otro tiempo
Con la olla el caldero habló,*
A sus dos compañeros dijo:
¡O qué buenas alhajas sois!
Tú, Manguito, en invierno sirves;

* Alude á la Fábula que escribe Esopo del Caldero y la Olla, disculpándose con este ejemplo la impropiedad en que parece se incurre haciendo hablar no solo á animales, sino aun á las cosas inanimadas, como son el Manguito, el Abanico y el Quitasol.

En verano vas á un rincon:
Tú, Abanico, eres mueble inútil
Cuando el frio sigue al calor.
No sabéis salir de un oficio.
Aprended de mí, pese á vos:
Que en el invierno soy Parágguas,
Y en el verano Quitasol.

FÁBULA XV.

LA RANA Y EL RENACUAJO.

En la orilla del Tajo
Hablaba con la Rana el Renacuajo,
Alabando las hojas, la espesura
De un gran cañaveral, y su verdura.
Mas luego que del viento
El ímpetu violento
Una caña abatió, que cayó al rio,
En tono de leccion dijo la Rana:
Ven á verla, hijo mio:

Por de fuera muy tersa, muy lozana;
Por dentro toda fofa, toda vana.
Si la Rana entendiera poesía,
Tambien de muchos versos lo diria.

FÁBULA XVI.

LA AVUTARDA.

De sus hijos la torpe Avutarda
El pesado volar conocia,
Deseando sacar una cria
Mas ligera, aunque fuese bastarda.
A este fin muchos huevos robados
De alcotan, de jilguero y paloma,
De perdiz y de tórtola toma,
Y en su nido los guarda mezclados.
Largo tiempo se estuvo sobre ellos;
Y aunque hueros salieron bastantes,
Produjeron por fin los restantes
Varias castas de pájaros bellos.

La Avutarda mil aves convida
Por lucirlo con cria tan nueva:
Sus polluelos cada ave se lleva;
Y héte aquí la Avutarda lucida.
Los que andáis empollando obras de otros,
No saquéis á volar vuestra cria,
Pues dirá cada Autor: esta es mia;
Y veremos qué os queda á vosotros.

FÁBULA XVII.

EL JILGUERO Y EL CISNE.

Calla tú, pajarillo vocinglero,
Dijo el Cisne al Jilguero:
¿A cantar me provocas, cuando sabes
Que de mi voz la dulce melodía
Nunca ha tenido igual entre las aves?
El Jilguero sus trinos repetia;
Y el Cisne continuaba: ¡qué insolencia!

Miren cómo me insulta el musiquillo!
Si con soltar mi canto no le humillo,
Dé muchas gracias á mi gran prudencia.
Ojalá que cantaras!
Le respondió por fin el pajarillo;
¡Cuánto no admirarias
Con las cadencias raras
Que ninguno asegura haberte oido,
Aunque logran mas fama que las mias!...
Quiso el Cisne cantar, y dió un graznido.
¿No hay mas que ganar crédito sin ciencia?
Ya se verá en llegando á la experiencia.

FÁBULA XVIII.

EL CAMINANTE, Y LA MULA DE ALQUILER.

Harta de paja y cebada
Una Mula de alquiler
Salia de la posada,

Y tanto empezó á correr,
Que apénas el Caminante
La podia detener.
No dudó que en un instante
Su média jornada haria;
Pero algo mas adelante
La falsa caballería
Ya iba retardando el paso.—
¿Si lo hará de picardía? . . .
Arre! . . . Te paras? . . . Acaso
Metiendo la espuela . . . . . Nada.
Mucho me temo un fracaso . . .
Esta vara que es delgada . . .
Ménos . . . Pues este agüijon . . .
Mas ¿si estará ya cansada?
Coces tira . . . y mordiscon:
Se vuelve contra el jinete . . .
¡Oh qué corcovo, qué envion!
Aunque las piernas apriete . . .
Ni por esas . . . Voto á quien!
Barrabas que la sujete. . .
Por fin dió en tierra . . . Muy bien!
¿Y eras tú la que corrias? . . .
Mal muermo te mate, amen!

No me fiaré en mis dias
De Mula que empiece haciendo
Semejantes valentías.
Despues de este lance, en viendo
Que un autor ha principiado
Con altisonante estruendo,
Al punto digo: cuidado!
Tente, hombre; que te has de ver
En el vergonzoso estado
De la Mula de alquiler.

FÁBULA XIX.

LA CABRA Y EL CABALLO.

Estábase una Cabra muy atenta
Largo rato escuchando
De un acorde violin el eco blando.
Los piés se la bailaban de contenta;
Y á cierto Jaco, que tambien suspenso
Casi olvidaba el pienso,

Dirigió de esta suerte la palabra:
¿No oyes de aquellas cuerdas la armonía?
Pues sabe que son tripas de una Cabra
Que fué en un tiempo compañera mia.
Confío (dicha grande!) que algun dia
No ménos dulces trinos
Formarán mis sonoros intestinos.
Volvióse el buen Rocin, y respondióla:
A fe que no resuenan esas cuerdas
Sino porque las hieren con las cerdas
Que sufrí me arrancasen de la cola.
Mi dolor me costó, pasé mi susto;
Pero al fin tengo el gusto
De ver qué lucimiento
Debe á mi auxilio el músico instrumento.
Tú que satisfaccion igual esperas,
¿Cuándo la gozarás? Despues que mueras.
Así, ni mas ni ménos, porque en vida
No ha conseguido ver su obra aplaudida
Algun mal escritor, al juicio apela
De la posteridad, y se consuela.

FÁBULA XX.

LA ABEJA Y EL CUCLILLO.

Saliendo del colmenar,
Dijo al Cuclillo la Abeja:
Calla, porque no me deja
Tu ingrata voz trabajar.
No hay ave tan fastidiosa
En el cantar como tú:
Cucú, cucú, y mas cucú,
Y siempre una misma cosa.
¿Te cansa mi canto igual?
El Cuclillo respondió;
Pues á fe que no hallo yo
Variedad en tu panal:
Y pues que del propio modo
Fabricas uno que ciento,
Si yo nada nuevo invento,
En tí es viejísimo todo.
A esto la Abeja replica:

En obra de utilidad
La falta de variedad
No es lo que mas perjudica;
 Pero en obra destinada
Solo al gusto y diversion,
Si no es vária la invencion,
Todo lo demas es nada.

FÁBULA XXI.

EL RATON Y EL GATO.

 Tuvo Esopo famosas ocurrencias.
Qué invencion tan sencilla! qué senten-
 cias!
He de poner, pues que la tengo á mano,
Una fábula suya en Castellano.
 Cierto, dijo un Raton en su agujero:
No hay prenda mas amable y estupenda
Que la fidelidad: por eso quiero
Tan de veras al perro perdiguero.

Un Gato replicó: pues esa prenda
Yo la tengo tambien . . . Aquí se asusta
Mi buen Raton, se esconde,
Y torciendo el hocico, le responde:
Cómo? La tienes tú? . . . Ya no me
gusta.
La alabanza que muchos creen justa,
Injusta les parece,
Si ven que su contrario la merece.
¿Qué tal, señor lector? La fabulilla
Puede ser que le agrade, y que le instru-
ya.—
Es una maravilla:
Dijo Esopo una cosa como suya.—
Pues mire Usted: Esopo no la ha es-
crito;
Salió de mi cabeza.—¿Con que es tu-
ya?—
Sí, señor erudito;
Ya que ántes tan feliz le parecia,
Critíquemela ahora porque es mia.

———

FÁBULA XXII.

Y

FÁBULA XXIII.

LA LECHUZA, LOS PERROS Y EL TRAPERO.

Cobardes son y traidores
Ciertos críticos, que esperan
Para impugnar, á que mueran
Los infelices Autores,
Porque vivos respondieran.
Un breve caso á este intento
Contaba una abuela mia.
Diz que un dia en un convento
Entró una Lechuza . . . miento;
Que no debió ser un dia.
Fué sin duda estando el sol
Ya muy léjos del ocaso . . .
Ella en fin se encontró al paso
Una lámpara, ó farol,
Que es lo mismo para el caso,

Y volviendo la trasera,
Exclamó de esta manera:
Lámpara ¡ con qué deleite
Te chupara yo el aceite,
Si tu luz no me ofendiera !
Mas ya que ahora no puedo,
Porque estás bien atizada,
Si otra vez te hallo apagada,
Sabré, perdiéndote el miedo,
Darme una buena panzada.

Aunque reniegen de mí
Los críticos de que trato,
Para darles un mal rato,
En otra fábula aquí
Tengo de hacer su retrato.
Estando, pues, un Trapero
Revolviendo un basurero,
Ladrábanle, como suelen,
Cuando á tales hombres huelen,
Dos parientes del Cerbero.
Y díjoles un Lebrel:
Dejad á ese perillan;
Que sabe quitar la piel

Cuando encuentra muerto á un Can,
Y cuando vivo, huye de él.

FÁBULA XXIV.

EL PAPAGAYO, EL TORDO Y LA MARICA.

Oyendo un Tordo hablar á un Papagayo,
Quiso que él, y no el hombre, le enseñara;
Y con solo un ensayo
Creyó tener pronunciacion tan clara,
Que en ciertas ocasiones
A una Marica daba ya lecciones.
Así salió tan diestra la Marica
Como aquel que al estudio se dedica
Por copias y por malas traducciones.

FÁBULA XXV.

EL LOBO Y EL PASTOR.

Cierto Lobo, hablando con cierto Pastor,
Amigo, le dijo, yo no sé porqué
Me has mirado siempre con odio y horror.
Tiénesme por malo: no lo soy á fe.
¡ Mi piel en invierno qué abrigo no da!
Achaques humanos cura mas de mil:
Y otra cosa tiene, que seguro está
Que la piquen pulgas, ni otro insecto vil.
Mis uñas no trueco por las del tejon,
Que contra el mal de ojo tienen gran virtud.
Mis dientes ya sabes cuán útiles son,
Y á cuántos con mi unto he dado salud.
El Pastor responde: perverso animal,
Maldígate el cielo, maldígate, amen!

Despues que estás harto de hacer tanto
mal,
¿Qué importa que puedas hacer algun
bien?
Al diablo los doy
Tantos libros lobos como corren hoy.

FÁBULA XXVI.

EL LEON Y EL ÁGUILA.

El Aguila y el Leon
Gran conferencia tuvieron
Para arreglar entre sí
Ciertos puntos de gobierno.
Dió el Aguila muchas quejas
Del murciélago, diciendo:
¿Hasta cuándo este avechucho
Nos ha de traer revueltos?
Con mis pájaros se mezcla,
Dándose por uno de ellos;

Y alega várias razones,
Sobre todo, la del vuelo.
Mas, si se le antoja, dice:
Hocico, y no pico tengo.
¿ Cómo ave queréis tratarme ?
Pues cuadrúpedo me vuelvo.
Con mis vasallos murmura
De los brutos de tu imperio;
Y cuando con estos vive,
Murmura tambien de aquellos.
  Está bien, dijo el Leon:
Yo te juro que en mis reinos
No entra mas. Pues en los mios,
Respondió el Aguila, ménos.
  Desde entónces solitario
Salir de noche le vemos;
Pues ni alados ni patudos
Quieren ya tal compañero.
  Murciélagos literarios,
Que hacéis á pluma y á pelo,
Si queréis vivir con todos,
Miraos en este espejo.

FÁBULA XXVII.

LA MONA.

Aunque se vista de seda
La Mona, mona se queda.
El refran lo dice así:
Yo tambien lo diré aquí;
Y con eso lo verán
En fábula y en refran.
Un traje de colorines,
Como el de los matachines,
Cierta Mona se vistió;
Aunque mas bien creo yo
Que su amo la vestiria,
Porque difícil seria
Que tela y sastre encontrase.
El refran lo dice: pase.
Viéndose ya tan galana,
Saltó por una ventana
Al tejado de un vecino,
Y de allí tomó el camino

Para volverse á Tetuan.
Esto no dice el refran;
Pero lo dice una historia
De que apénas hay memoria,
Por ser el autor muy raro;
Y poner el hecho en claro
No le habrá costado poco.
  Él no supo, ni tampoco
He podido saber yo,
Si la Mona se embarcó,
O si rodeó tal vez
Por el istmo de Suez:
Lo que averiguado está
Es que por fin llegó allá.
  Vióse la señora mia
En la amable compañía
De tanta mona desnuda;
Y cada cual la saluda
Como á un alto personaje,
Admirándose del traje,
Y suponiendo seria
Mucha la sabiduría,
Ingenio y tino mental
Del petimetre animal.

Opinan luego al instante,
Y *nemine discrepante*,
Que á la nueva compañera
La direccion se confiera
De cierta gran correría
Con que buscar se debia,
En aquel país tan vasto,
La provision para el gasto
De toda la mona tropa.
¡ Lo que es tener buena ropa !
La Directora, marchando
Con las huestas de su mando,
Perdió, no solo el camino,
Sino, lo que es mas, el tino ;
Y sus necias compañeras
Atravesaron laderas,
Bosques, valles, cerros, llanos,
Desiertos, rios, pantanos ;
Y al cabo de la jornada
Ninguna dió palotada :
Y eso que en toda su vida
Hicieron otra salida
En que fuese el capitan
Mas tieso ni mas galan.

Por poco no queda mona
A vida con la intentona;
Y vieron por experiencia
Que la ropa no da ciencia.
  Pero sin ir á Tetuan,
Tambien acá se hallarán
Monos, que aunque se vistan de estudiantes,
Se han de quedar lo mismo que eran ántes.

FÁBULA XXVIII.

EL ASNO Y SU AMO.

Siempre acostumbra hacer el vulgo necio
De lo bueno y lo malo igual aprecio.
Yo le doy lo peor, que es lo que alaba.
  De este modo sus yerros disculpaba
Un escritor de farsas indecentes;
Y un taimado poeta que lo oía,
Le respondió en los terminos siguientes:

Al humilde Jumento
Su Dueño daba paja, y le decia:
Toma, pues que con eso estás contento.
Díjolo tantas veces, que ya un dia
Se enfadó el Asno, y replicó: Yo tomo
Lo que me quieres dar; pero, hombre injusto,
¿Piensas que solo de la paja gusto?
Dáme grano, y verás si me le como.
Sepa quien para el público trabaja,
Que tal vez á la plebe culpa en vano;
Pues si en dándola paja, come paja,
Siempre que la dan grano come grano.

FÁBULA XXIX.

EL GOZQUE Y EL MACHO DE NORIA.

Bien habrá visto el lector
En hostería ó convento
Un artificioso invento
Para andar el asador.

Rueda de madera es
Con escalones; y un perro
Metido en aquel encierro
La da vueltas con los piés.
Parece que cierto Can
Que la máquina movia,
Empezó á decir un dia:
Bien trabajo; y ¿ qué me dan?
Cómo sudo! ay, infeliz!
Y al cabo, por grande exceso,
Me arrojarán algun hueso
Que sobre de esa perdiz.
Con mucha incomodidad
Aquí la vida se pasa:
Me iré, no solo de casa,
Mas tambien de la ciudad.
Apénas le dieron suelta,
Huyendo con disimulo,
Llegó al campo, en donde un Mulo
A una noria daba vuelta.
Y no le hubo visto bien,
Cuando dijo: Quién va allá?
Parece que por acá
Asamos carne tambien.

No aso carne; que agua saco,
El Macho le respondió.
Eso tambien lo haré yo,
Saltó el Can, aunque estoy flaco.

Como esa rueda es mayor,
Algo mas trabajaré.
Tanto pesa? . . . Pues ¿y qué?
¿No ando la de mi asador?

Me habrán de dar, sobre todo,
Mas racion, tendré mas gloria . . .
Entónces el de la noria
Le interrumpió de este modo:

Que se vuelva le aconsejo
A voltear su asador;
Que esta empresa es superior
A las fuerzas de un Gozquejo.

¡Miren el Mulo bellaco,
Y qué bien le replicó!
Lo mismo he leido yo
En un tal Horacio Flaco,

Que á un autor da por gran yerro
Cargar con lo que despues
No podrá llevar: esto es,
Que no ande la noria el Perro.

FÁBULA XXX.

EL ERUDITO Y EL RATON.

En el cuarto de un célebre Erudito
Se hospedaba un Raton, raton maldito,
Que no se alimentaba de otra cosa
Que de roerle siempre verso y prosa.
Ni de un gatazo el vigilante zelo
Pudo llegarle al pelo,
Ni extrañas invenciones
De varias é ingeniosas ratoneras,
O el rejalgar en dulces confecciones
Curar lograron su incesante anhelo
De registrar las doctas papeleras,
Y acribillar las páginas enteras.
Quiso luego la trampa
Que el perseguido autor diese á la estampa
Sus obras de elocuencia y poesía:
Y aquel bicho travieso,
Si ántes lo manuscrito le roia,
Mucho mejor roia ya lo impreso.

Qué desgracia la mia !
El Literato exclama: ya estoy harto
De escribir para gente roedora;
Y por no verme en esto, desde ahora
Papel blanco no mas habrá en mi cuarto.
Ya haré que este desórden se corrija . . .
Pero sí: la traidora sabandija,
Tan hecha á malas mañas, igualmente
En el blanco papel hincaba el diente.
El autor, aburrido,
Echa en la tinta dósis competente
De soliman molido:
Escribe, yo no sé si en prosa ó verso:
Devora, pues, el animal perverso,
Y revienta por fin . . . ¡ Feliz receta !
Dijo entónces el crítico poeta:
Quien tanto roe, mire no le escriba
Con un poco de tinta corrosiva.
Bien hace quien su crítica modera;
Pero usarla conviene mas severa
Contra censura injusta y ofensiva,
Cuando no hablar con síncero denuedo
Poca razon arguyé, ó mucho miedo.

FÁBULA XXXI.

LA ARDILLA Y EL CABALLO.

Mirando estaba una Ardilla
A un generoso Alazan,
Que, dócil á espuela y rienda,
Se adestraba en galopar.
Viéndole hacer movimientos
Tan veloces, y á compas,
De aquesta suerte le dijo
Con muy poca cortedad:
Señor mio,
De ese brio,
Ligereza,
Y destreza
No me espanto;
Que otro tanto
Suelo hacer, y acaso mas.
Yo soy viva,
Soy activa;

Me meneo,
Me paseo;
Yo trabajo,
Subo y bajo;
No me estoy quieta jamas.
El paso detiene entónces
El buen Potro, y muy formal
En los términos siguientes
Respuesta á la Ardilla da:
Tantas idas
Y venidas,
Tantas vueltas
Y revueltas,
Quiero, amiga,
Que me diga,
¿Son de alguna utilidad?
Yo me afano;
Mas no en vano.
Sé mi oficio;
Y en servicio
De mi dueño
Tengo empeño
De lucir mi habilidad.
Con que algunos escritores

Ardillas tambien serán,
Si en obras frívolas gastan
Todo el calor natural.

FÁBULA XXXII.

EL GALAN Y LA DAMA.

Cierto Galan á quien Paris aclama
Petimetre del gusto mas extraño,
Que cuarenta vestidos muda al año,
Y el oro y plata sin temor derrama,
Celebrando los dias de su Dama,
Unas hebillas estrenó de estaño,
Solo para probar con este engaño
Lo seguro que estaba de su fama.
Bella plata! qué brillo tan hermoso!
Dijo la Dama: viva el gusto y númen
Del petimetre en todo primoroso!
Y ahora digo yo: llene un volúmen
De disparates un autor famoso,
Y si no le alabaren, que me emplumen.

FÁBULA XXXIII.

EL AVESTRUZ, EL DROMEDARIO Y LA ZORRA.

Para pasar el tiempo congregada
Una tertulia de animales varios,
(Que tambien entre brutos hay tertulias,)
Mil especies en ella se tocaron.
Hablóse allí de las diversas prendas
De que cada animal está dotado:
Este á la hormiga alaba, aquel al perro,
Quién á la abeja, quién al papagayo.
Nó, dijo el Avestruz: en mi dictámen,
No hay mas bello animal que el Drome-
dario.
El Dromedario dijo: yo confieso
Que solo el Avestruz es de mi agrado.
Ninguno adivinó por qué motivo
Tan raro gusto acreditaban ámbos.
¿ Será porque los dos albultan mucho ?
O por tener los dos los cuellos largos ?
¿ O porque el Avestruz es algo simple,

Y no muy advertido el Dromedario?
O bien porque son feos uno y otro?
O porque tienen en el pecho un callo?
O puede ser tambien . . . No es nada
de eso,
La Zorra interrumpió: ya dí en el caso.
¿Sabéis por qué motivo el uno al otro
Tanto se alaban? Porque son paisanos.*
En efecto, ámbos eran Berberiscos;
Y no fué juicio, no, tan temerario
El de la Zorra, que no pueda hacerse
Tal vez igual de algunos literatos.

FÁBULA XXXIV.

EL CUERVO Y EL PAVO.

Pues, como digo, es el caso,
(Y vaya de cuento)

* "*Amor patriæ ratione valentior omni.*"
OVID. Ex Ponto Epist. III. lib. I.

Que á volar se desafiaron
Un Pavo y un Cuervo.
  Al término señalado
Cuál llegó primero,
Considérelo quien de ámbos
Haya visto el vuelo.
  Aguárdate, dijo el Pavo
Al Cuervo de léjos:
¿Sabes lo que estoy pensando?
Que eres negro y feo.
  Escucha: tambien reparo,
Le gritó mas recio,
En que eres un pajarraco
De muy mal agüero.
  Quita allá, que me das asco,
Grandísimo puerco;
Sí, que tienes por regalo
Comer cuerpos muertos.
  Todo eso no viene al caso,
Le responde el Cuervo:
Porque aquí solo tratamos
De ver qué tal vuelo.
  Cuando en las obras del sabio
No encuentra defectos

Contra la persona, cargos
Suele hacer el necio.

FÁBULA XXXV.

LA ORUGA Y LA ZORRA.

Si se acuerda el lector de la tertulia
En que, á presencia de animales varios,
La Zorra adivinó porqué se daban
Elogios avestruz y dromedario;
  Sepa que en la mismísima tertulia
Un dia se trataba del gusano
Artífice ingenioso de la seda,
Y todos ponderaban su trabajo.
  Para muestra presentan un capullo;
Examínanle; crecen los aplausos;
Y aun el topo, con todo que es un ciego,
Confesó que el capullo era un milagro.
  Desde un rincon la Oruga murmuraba
En ofensivos términos, llamando
La labor admirable, friolera,
Y á sus elogiadores, mentecatos.

Preguntábanse, pues, unos á otros :
¿ Porqué este miserable gusarapo
El único ha de ser que vitupere
Lo que todos acordes alabamos ?
Saltó la Zorra, y dijo : Pese á mi alma !
El motivo no puede estar mas claro.
¿ No sabéis, compañeros, que la Oruga
Tambien labra capullos, aunque malos ?
Laboriosos ingenios perseguidos,
¿ Queréis un buen consejo ? Pues, cuidado.
Cuando os provoquen ciertos envidiosos,
No hagáis mas que contarles esto caso.

FÁBULA XXXVI.

LA COMPRA DEL ASNO.

Ayer por mi calle
Pasaba un Borrico,
El mas adornado
Que en mi vida he visto.

Albarda y cabestro
Eran nuevecitos,
Con flecos de seda
Rojos y amarillos.
Borlas y penacho
Llevaba el Pollino,
Lazos, cascabeles
Y otros atavíos;
Y hechos á tijera
Con arte prolijo
En pescuezo y anca
Dibujos muy lindos.
  Parece que el dueño,
Que es, segun me han dicho,
Un chalan gitano
De los mas ladinos,
Vendió aquella alhaja
A un hombre sencillo;
Y añaden que al pobre
Le costó un sentido.
Volviendo á su casa,
Mostró á sus vecinos
La famosa compra;
Y uno de ellos dijo:

Veamos, compadre,
Si este animalito
Tiene tan buen cuerpo
Como buen vestido.
Empezó á quitarle
Todos los aliños;
Y bajo la albarda,
Al primer registro,
Le hallaron el lomo
Asaz mal ferido
Con seis mataduras
Y tres lobanillos,
Amen de dos grietas
Y un tumor antiguo
Que bajo la cincha
Estaba escondido.
Burro, dijo el hombre,
Mas que el burro mismo
Soy yo, que me pago
De adornos postizos.
A fe que este lance
No echaré en olvido;
Pues viene de molde
A un amigo mio,

El cual á buen precio
Ha comprado un libro
Bien encuadernado,
Que no vale un pito.

FÁBULA XXXVII.

EL BUEY Y LA CIGARRA.

Arando estaba el Buey; y á poco tre-
cho
La Cigarra, cantando, le decia
Ay, ay! qué surco tan torcido has he-
cho!
Pero él la respondió: Señora mia,
Si no estuviera lo demas derecho,
Usted no conociera lo torcido.
Calle pues la haragana reparona;
Que á mi amo sirvo bien, y él me per-
dona
Entre tantos aciertos un descuido

Miren quién hizo á quién cargo tan
fútil!
Una Cigarra al animal mas útil.
Mas ¿si me habrá entendido
El que á tachar se atreve
En obras grandes un defecto leve?

FÁBULA XXXVIII.

EL GUACAMAYO Y LA MARMOTA.

Un pintado Guacamayo
Desde un mirador veía
Cómo un extranjero payo
(Que Saboyano seria)
Por dinero una alimaña
Enseñaba muy feota,
Dándola por cosa extraña:
Es á saber, la Marmota.
Salia de su cajon
Aquel ridículo bicho;

Y el ave desde el balcon
Le dijo: Raro capricho!
Siendo tú fea, ¡ que así
Dinero por verte den,
Cuando siendo hermoso, aquí
Todos de balde me ven!
Puede que seas no obstante
Algun precioso animal;
Mas yo tengo ya bastante
Con saber que eres venal.
Oyendo esto un mal autor,
Se fué como avergonzado.—
Porqué ?—Porque un impresor
Le tenia asalariado.

FÁBULA XXXIX.

EL RETRATO DE GOLILLA.

De frase extranjera el mal pegadizo
Hoy á nuestro idioma gravemente aqueja;

Pero habrá quien piense que no habla
castizo,
Si por lo anticuado lo usado no deja.
Voy á entretenelle con una conseja;
Y porque le traiga mas contentamiento
En su mesmo estilo referilla intento,
Mezclando dos hablas, la nueva y la
vieja.
No sin hartos zelos un pintor de ogaño
Vía cómo agora gran loa y valía
Alcanzan algunos retratos de antaño;
Y el no remedallos á mengua tenia:
Por ende, queriendo retratar un dia
A cierto Rico-home, Señor de gran cuenta,
Juzgó que lo antiguo de la vestimenta
Estima de rancio al cuadro daria.
Segundo Velázquez creyó ser con esto:
Y ansí que del rostro toda la semblanza
Hubo traslapado, golilla le ha puesto,
Y otros atavíos á la antigua usanza.
La tabla á su dueño lleva sin tardanza,
El cual espantado fincó, desque vido
Con añejas galas su cuerpo vestido,
Magüer que le plugo la faz abastanza.

Empero una traza le vino á las mientes
Con que al retratante dar su galardon.
Guardaba heredadas de sus ascendientes,
Antiguas monedas en un viejo arcon.
Del Quinto Fernando muchas de ellas son,
Allende de algunas de Cárlos Primero,
De entrambos Filipos, Segundo y Tercero:
Y henchido de todas le endonó un bolson.

Con estas monedas, ó si quier medallas,
El pintor le dice, si voy al mercado,
Cuando me cumpliere mercar vituallas,
Tornaré á mi casa con muy buen recado.
Pardiez! dijo el otro, ¿no me habéis pintado
En traje que un tiempo fué muy señoril,
Y agora le viste solo un alguacil?
Cual me retratásteis, tal os he pagado.

Llevaos la tabla; y el mi corbatin
Pintadme al proviso en vez de golilla;

Cambiadme esta espada en el mi espa-
din,
Y en la mi casaca trocad la ropilla;
Ca no habrá naide en toda la villa
Que, al verme en tal guisa, conozca mi
gesto.
Vuestra paga entonce contaros he presto
En buena moneda corriente en Castilla.
Ora pues, si á risa provoca la idea
Que tuvo aquel sandio moderno pintor,
¿No hemos de reirnos siempre que cho-
chea
Con ancianas frases un novel autor?
Lo que es afectado juzga que es primor;
Habla puro á costa de la claridad;
Y no halla voz baja para nuestra edad,
Si fué noble en tiempo del Cid Campea-
dor.

FÁBULA XL.

LOS DOS HUÉSPEDES.

Pasando por un pueblo
De la Montaña
Dos caballeros mozos,
Buscan posada.
De dos vecinos
Reciben mil ofertas
Los dos amigos.
Porque á ninguno quieren
Hacer desaire,
En casa de uno y otro
Van á hospedarse.
De ambas mansiones
Cada huésped la suya
A gusto escoge.
La que uno prefiere
Tiene un gran patio,
Y bello frontispicio
Como un palacio :

Sobre la puerta
Su escudo de armas tiene
Hecho de piedra.
La del otro á la vista
No era tan grande;
Mas dentro no faltaba
Donde alojarse;
Como que habia
Piezas de muy buen temple
Claras y limpias.
Pero el otro palacio
Del frontispicio
Era, ademas de estrecho,
Oscuro y frio:
Mucha portada;
Y por dentro desvanes
A teja vana.
El que allí pasó un dia
Mal hospedado,
Contaba al compañero
El fuerte chasco;
Pero él le dijo:
Otros chascos como ese
Dan muchos libros.

FÁBULA XLI.

EL TÉ Y LA SALVIA.

El Té, viniendo del Imperio Chino,
Se encontró con la Salvia en el camino.
Ella le dijo: ¿Adónde vas, compadre?—
A Europa, voy, comadre,
Donde sé que me compran á buen pre-
cio.
Yo, respondió la Salvia, voy á China;
Que allá con sumo aprecio
Me reciben por gusto y medicina.*
En Europa me tratan de salvaje,
Y jamas he podido hacer fortuna.
Anda con Dios, no perderás el viaje;
Pues no hay nacion alguna
Que á todo lo extranjero
No dé con gusto aplausos y dinero.

* Los Chinos estiman tanto la Salvia, que por una caja de esta yerba suelen dar dos, y á veces tres, de Té verde. Véase el Dicc. de Hist. Nat. de M. Valmond de Bomare en el artículo *Sauge.*

La Salvia me perdone,
Que al comercio su máxima se opone.
Si hablase del comercio literario,
Yo no defenderia lo contrario;
Porque en él para algunos es un vicio
Lo que es en general un beneficio:
Y Español que tal vez recitaria
Quinientos versos de Boileau y el Taso,
Puede ser que no sepa todavía
En qué lengua los hizo Garcilaso.

FÁBULA XLII.

EL GATO, EL LAGARTO Y EL GRILLO.

Ello es que hay animales muy cientí-
ficos
En curarse con varios específicos,
Y en conservar su construccion orgánica
Como hábiles que son en la botánica;
Pues conocen las yerbas diuréticas,
Catárticas, narcóticas, eméticas,

Febrífugas, estípticas, prolíficas,
Cefálicas tambien, y sudoríficas.
En esto era gran práctico y teórico
Un Gato, pedantísimo retórico,
Que hablaba en un estilo tan enfático
Como el mas estirado catedrático.
Yendo á caza de plantas salutíferas,
Dijo á un Lagarto: Qué ansias tan mortíferas!
Quiero, por mis turgencias semi-hidrópicas,
Chupar el zumo de hojas *heliotrópicas.*
Atónito el Lagarto con lo exótico
De todo aquel preámbulo estrambótico,
No entendió mas la frase macarrónica
Que si le hablasen lengua babilónica.
Pero notó que el charlatan ridículo
De hojas de girasol llenó el ventrículo;
Y le dijo: ya en fin, señor hidrópico,
He entendido lo que es zumo *heliotrópico.*
¡Y no es bueno que un Grillo, oyendo el diálogo,
Aunque se fué en ayunas del catálogo

De términos tan raros y magníficos,
Hizo del Gato elogios honoríficos!
Sí; que hay quien tiene la hinchazon
 por mérito,
Y el hablar liso y llano por demérito.
 Mas ya que esos amantes de hiperbó-
 licas
Cláusulas, y metáforas diabólicas,
De retumbantes voces el depósito
Apuran, aunque salga un despropósito,
Caiga sobre su estilo problemático
Este apólogo esdrújulo enigmático.

FÁBULA XLIII.

LA MÚSICA DE LOS ANIMALES.

Atencion, noble auditorio,
Que la bandurria he templado,
Y han de dar gracias cuando oigan
La jácara que les canto.

En la corte del Leon,
Dia de su cumpleaños,
Unos cuantos animales
Dispusieron un sarao;
Y para darle principio
Con el debido aparato,
Creyeron que una academia
De música era del caso.
Como en esto de elegir
Los papeles adecuados
No todas veces se tiene
El acierto necesario,
Ni hablaron del Ruiseñor,
Ni del Mirlo se acordaron,
Ni se trató de Calandria,
De Jilguero ni Canario.
Ménos hábiles cantores,
Aunque mas determinados,
Se ofrecieron á tomar
La diversion á su cargo.
Antes de llegar la hora
Del canticio preparado,
Cada músico decia:
Ustedes verán qué rato:

Y al fin la capilla junta
Se presenta en el estrado
Compuesta de los siguientes
Diestrísimos operarios:
Los tiples eran dos Grillos;
Rana y Cigarra, contraltos;
Dos Tábanos, los tenores;
El Cerdo y el Burro, bajos.
Con qué agradable cadencia,
Con qué acento delicado
La música sonaria,
No es menester ponderarlo.
Baste decir que los mas
Las orejas se taparon,
Y por respeto al Leon
Disimularon el chasco.
La Rana por los semblantes
Bien conoció, sin embargo,
Que habian de ser muy pocas
Las palmadas y los bravos.
Salióse del corro, y dijo:
Cómo desentona el Asno!
Este replicó: los tiples
Sí que están desentonados.

Quien lo echa todo á perder,
Añadió un Grillo chillando,
Es el Cerdo. Poco á poco,
Respondió luego el Marrano:
Nadie desafina mas
Que la Cigarra, contralto.
Tenga modo, y hable bien,
Saltó la Cigarra: es falso:
Esos Tábanos tenores
Son los autores del daño.
  Cortó el Leon la disputa,
Diciendo: Grandes bellacos,
¿Antes de empezar la solfa
No la estábais celebrando?
Cada uno para sí
Pretendia los aplausos,
Como que se deberia,
Todo el acierto á su canto;
Mas viendo ya que el concierto
Es un infierno abreviado,
Nadie quiere parte en él,
Y á los otros hace cargos.
Jamas volváis á poneros
En mi presencia: mudaos;

Que si otra vez me cantáis,
Tengo de hacer un estrago.
¡Así permitiera el cielo
Que sucediera otro tanto,
Cuando, trabajando á escote
Tres escritores ó cuatro,
Cada cual quiere la gloria,
Si es bueno el libro, ó mediano;
Y los compañeros tienen
La culpa, si sale malo.

FÁBULA XLIV.

LA ESPADA Y EL ASADOR.

Sirvió en muchos combates una Espada
Tersa, fina, cortante, bien templada,
La mas famosa que salió de mano
De insigne fabricante toledano.
Fué pasando á poder de varios dueños,
Y airosos los sacó de mil empeños.

Vendióse en almonedas diferentes,
Hasta que por extraños accidentes
Vino en fin á parar ¡ quién lo diria !
A un oscuro rincon de una hostería,
Donde, cual mueble inútil, arrimada,
Se tomaba de orin. Una criada
Por mandado de su amo el posadero,
Que debia de ser gran majadero,
Se la llevó una vez á la cocina ;
Atravesó con ella una gallina ;
Y héteme un asador hecho y derecho
La que una Espada fué de honra y provecho.

Miéntras esto pasaba en la posada,
En la corte comprar quiso una espada
Cierto recien llegado forastero,
Trasformado de payo en caballero.
El espadero, viendo que al presente
Es la espada un adorno solamente,
Y que pasa por buena cualquier hoja,
Siendo de moda el puño que se escoja,
Díjole que volviese al otro dia.
Un Asador que en su cocina habia
Luego desbasta, afila y acicala,

Y por espada de Tomás de Ayala
Al pobre forastero, que no entiende
De semejantes compras, se la vende:
Siendo tan picaron el espadero
Como fué mentecato el posadero.
¡Mas de igual ignorancia ó picardía
Nuestra nacion quejarse no podria
Contra los traductores de dos clases,
Que infestada la tienen con sus frases!
Unos traducen obras celebradas,
Y en asadores vuelven las espadas:
Otros hay que traducen las peores,
Y venden por espadas asadores.

FÁBULA XLV.

LOS CUATRO LISIADOS.

Un Mudo á nativitate,
Y mas sordo que una tapia,
Vino á tratar con un Ciego
Cosas de poca importancia.

Hablaba el Ciego por señas,
Que para el mudo eran claras;
Mas hízole otras el Mudo,
Y él á oscuras se quedaba.
En este apuro, trajeron,
Para que los ayudara,
A un camarada de entrambos,
Que era manco por desgracia.
Este las señas del Mudo
Trasladaba con palabras,
Y por aquel medio el Ciego
Del negocio se enteraba.
Por último resultó
De conferencia tan rara
Que era preciso escribir
Sobre el asunto una carta.
Compañeros, saltó el Manco,
Mi auxilio á tanto no alcanza;
Pero á escribirla vendrá
El Dómine, si le llaman.
¿Qué ha de venir, dijo el Ciego,
Si es Cojo, que apénas anda!
Vamos: será menester
Ir á buscarle á su casa.

Así lo hicieron; y al fin
El Cojo escribe la carta,
Díctanla el Ciego y el Manco,
Y el Mudo parte á llevarla.
Para el consabido asunto
Con dos personas sobraba;
Mas como eran ellas tales,
Cuatro fueron necesarias.
Y á no ser porque há tan poco
Que en un lugar de la Alcarria
Acaeció esta aventura,
Testigos mas de cien almas,
Bien pudiera sospecharse
Que estaba adrede inventada
Por alguno que con ella
Quiso pintar lo que pasa
Cuando, juntándose muchos
En pandilla literaria,
Tienen que trabajar todos
Para una gran patarata.

FÁBULA XLVI.

EL POLLO Y LOS DOS GALLOS.

Un Gallo, presumido
De luchador valiente,
Y un Pollo algo crecido,
No sé por qué accidente,
Tuvieron sus palabras, de manera
Que armaron una brava pelotera.
Dióse el Pollo tal maña,
Que sacudió á mi Gallo lindamente,
Quedando ya por suya la campaña.
Y el vencido sultan de aquel serrallo
Dijo, cuando el contrario no lo oía:
Eh! con el tiempo no será mal Gallo.:
El pobrecillo es mozo todavía.
Jamas volvió á meterse con el Pollo;
Mas en otra ocasion, por cierto embrollo,
Teniendo un choque con un Gallo anciano,
Guerrero veterano,

Apénas le quedó pluma ni cresta;
Y dijo al retirarse de la fiesta:
Si no mirara que es un pobre viejo . . .
Pero chochea, y por piedad le dejo.
  Quien se meta en contienda,
Verbi gracia, de asunto literario,
A los años no atienda,
Sino á la habilidad de su adversario.

FÁBULA XLVII.

LA URRACA Y LA MONA.

A una Mona
Muy taimada
Dijo un dia
Cierta Urraca:
Si vinieras
A mi estancia,
¡ Cuántas cosas
Te enseñara!
Tú bien sabes

Con qué maña
Robo, y guardo
Mil alhajas.
Ven, si quieres,
Y veráslas
Escondidas
Tras de un arca.
La otra dijo:
Vaya en gracia;
Y al paraje
La acompaña.
  Fué sacando
Doña Urraca
Una liga
Colorada,
Un tontillo
De casaca,
Una hebilla,
Dos medallas.
La contera
De una espada,
Medio peine,
Y una vaina
De tijeras;

Una gasa,
Un mal cabo
De navaja,
Tres clavijas
De guitarra,
Y otras muchas
Zarandajas.
  Qué tal? dijo:
Vaya, hermana,
No me envidia?
No se pasma?
A fe que otra
De mi casta
En riqueza
No me iguala.
  Nuestra Mona
La miraba
Con un gesto
De bellaca;
Y al fin dijo:
Patarata!
Has juntado
Lindas maulas.
Aquí tienes

Quien te gana;
Porque es útil
Lo que guarda.
Si no, mira
Mis quijadas.
Bajo de ellas,
Camarada,
Hay dos buches
O papadas,
Que se encogen
Y se ensanchan.
Como aquello
Que me basta;
Y el sobrante
Guardo en ambas
Para cuando
Me haga falta.
Tú amontonas,
Mentecata,
Trapos viejos
Y morralla;
Mas yo, nueces,
Avellanas,
Dulces, carne

Y otras cuantas
Provisiones
Necesarias.
¿Y esta Mona
Redomada
Habló solo
Con la Urraca?
Me parece
Que mas habla
Con algunos
Que hacen gala
De confusas
Misceláneas,
Y fárrago
Sin sustancia.

FÁBULA XLVIII.

EL RUISEÑOR Y EL GORRION.

Siguiendo el son del organillo un dia,
Tomaba el Ruiseñor leccion de canto,

Y á la jaula llegándose entretanto
El Gorrion parlero así decia:
¡ Cuánto me maravillo
De ver que de ese modo
Un pájaro tan diestro
A un discípulo tiene por maestro !
Porque al fin lo que sabe el organillo,
A tí lo debe todo.
A pesar de eso, el Ruiseñor replica,
Si él aprendió de mí, yo de él aprendo
A imitar mis caprichos él se aplica ;
Yo los voy corrigiendo
Con arreglarme al arte que él enseña ;
Y así pronto verás lo que andelanta
Un Ruiseñor que con escuela canta.
¿ De aprender se desdeña
El literato grave ?
Pues mas debe estudiar el que mas sabe.

FÁBULA XLIX.

EL JARDINERO Y SU AMO.

En un jardin de flores
Habia una gran fuente,
Cuyo pilon servia
De estanque á carpas, tencas y otros peces.
Unicamente al riego
El Jardinero atiende,
De modo que entretanto
Los peces agua en que vivir no tienen.
Viendo tal desgobierno,
Su Amo le reprende;
Pues aunque quiere flores,
Regalarse con peces tambien quiere;
Y el rudo Jardinero
Tan puntual le obedece,
Que las plantas no riega
Para que el agua del pilon no merme.
Al cabo de algun tiempo
El Amo al jardin vuelve;

Halla secas las flores,
Y amostazado dice de esta suerte:
Hombre, no riegues tanto,
Que me quede sin peces:
Ni cuides tanto de ellos,
Que sin flores, gran bárbaro, me dejes.
La máxima es trillada;
Mas repetirse debe:
Si al pleno acierto aspiras,
Une la utilidad con el deleite.

FÁBULA L.

LOS DOS TORDOS.

Persuadia un Tordo, abuelo,
Lleno de años y prudencia,
A un Tordo su nietezuelo,
Mozo de poca experiencia,
A que, acelerando el vuelo,
Viniese con preferencia

Hácia una poblada viña,
É hiciese allí su rapiña.
Esa viña ¿ dónde está ?
Le pregunta el mozalbete,
¿ Y qué fruto es el que da ?—
Hoy te espera un gran banquete,
Dice el viejo : ven acá :
Aprende á vivir, pobrete.
Y no bien lo dijo, cuando
Las uvas le fué enseñando.
Al verlas saltó el rapaz :
¿ Y esta es la fruta alabada
De un pájaro tan sagaz ?
Qué chica ! qué desmedrada !
Ea, vaya ! es incapaz
Que eso pueda valer nada.
Yo tengo fruta mayor
En una huerta, y mejor.
Veamos, dijo el anciano ;
Aunque sé que mas valdrá
De mis uvas solo un grano.
A la huerta llegan ya ;
Y el jóven exclama ufano :
Qué fruta ! qué gorda está !

No tiene excelente traza? . . .
Y qué era?—Una calabaza.
Que un Tordo en aqueste engaño
Caiga, no lo dificulto;
Pero es mucho mas extraño
Que hombre tenido por culto
Aprecie por el tamaño
Los libros y por el bulto.
Grande es, si es buena, una obra;
Si es mala, toda ella sobra.

FÁBULA LI.

EL FABRICANTE DE GALONES Y LA ENCAJERA.

Cerca de una Encajera
Vivia un Fabricante de galones.
Vecina, ¡ quién creyera,
La dijo, que valiesen mas doblones
De tu encaje tres varas
Que diez de un galon de oro de dos caras!

De que á tu mercancía,
Esto es lo que ella respondió al vecino,
Tanto exceda la mia,
Aunque en oro trabajas, y yo en lino,
No debes admirarte,
Pues mas que la materia vale el arte.
Quien desprecie el estilo,
Y diga que á las cosas solo atiende,
Advierta que si el hilo
Mas que el noble metal caro se vende,
Tambien da la elegancia
Su principal valor á la sustancia.

FÁBULA LII.

EL CAZADOR Y EL HURON.

Cargado de conejos
Y muerto de calor,
Una tarde de léjos
A su casa volvia un Cazador.

Encontró en el camino
Muy cerca del lugar
A un amigo y vecino,
Y su fortuna le empezó á contar.
Me afané todo el dia,
Le dijo ; pero qué ?
Si mejor cacería
No la he logrado, ni la lograré.
Desde por la mañana
Es cierto que sufrí
Una buena solana ;
Mas mira qué gazapos traigo aquí.
Te digo y te repito,
Fuera de vanidad,
Que en todo este distrito
No hay cazador de mas habilidad.
Con el oido atento
Escuchaba un Huron
Este razonamiento [mansion.
Desde el corcho en que tiene su
Y el puntiagudo hocico
Sacando por la red,
Dijo á su amo : Suplico
Dos palabritas con perdon de usted.

Vaya: ¿ cuál de nosotros
Fué el que mas trabajó ?
¿ Esos gazapos y otros,
Quién se los ha cazado sino yo ?
Patron, ¿ tan poco valgo
Que me tratan así ?
Me parece que en algo
Bien se pudiera hacer mencion de
mí.
Cualquiera pensaria
Que este aviso moral
Seguramente haria
Al Cazador gran fuerza; pues no
hay tal.
Se quedó tan sereno
Como ingrato escritor
Que del auxilio ajeno
Se aprovecha, y no cita al bienhe-
chor.

FÁBULA LIII.

EL GALLO, EL CERDO Y EL CORDERO.

Habia en un corral un gallinero:
En este gallinero un Gallo habia,
Y detras del corral en un chiquero
Un Marrano gordísimo yacia.
Item mas, se criaba allí un Cordero,
Todos ellos en buena compañía:
¿Y quién ignora que estos animales
Juntos suelen vivir en los corrales?
Pues, con perdon de ustedes, el Cochino
Dijo un dia al Cordero: ¡Qué agradable,
Qué feliz, qué pacífico destino
Es el poder dormir! qué saludable!
Yo te aseguro, como soy Gorrino,
Que no hay en esta vida miserable
Gusto como tenderse á la bartola,
Roncar bien, y dejar rodar la bola.

El Gallo, por su parte, al tal Cordero
Dijo en otra ocasion: mira, inocente:
Para estar sano, para andar ligero,
Es menester dormir muy parcamente.
El Madrugar, en Julio ó en Febrero,
Con estrellas, es método prudente,
Porque el sueño entorpece los sentidos,
Deja los cuerpos flojos y abatidos.
Confuso, ambos dictámenes coteja
El simple Corderillo, y no adivina
Que lo que cada uno le aconseja
No es mas que aquello mismo á que se inclina.
Acá entre los autores ya es muy vieja
La trampa de sentar como doctrina
Y gran regla, á la cual nos sujetamos,
Lo que en nuestros escritos practicamos.

FÁBULA LIV.

EL PEDERNAL Y EL ESLABON.

Al Eslabon de cruel
Trató el Pedernal un dia,
Porque á menudo le heria
Para sacar chispas de él.
Riñendo este con aquel,
Al separarse los dos,
Quedaos, dijo, con Dios.
¿Valéis vos algos sin mí?
Y el otro responde: Sí,
Lo que sin mí valéis vos.
Este ejemplo material
Todo escritor considere
Que el largo estudio no uniere
Al talento natural.
Ni da lumbre el Pedernal
Sin auxilio de Eslabon,
Ni hay buena disposicion
Que luzca faltando el arte.

Si obra cada cual aparte,
Ambos inútiles son.

FÁBULA LV.

EL JUEZ Y EL BANDOLERO.

Prendieron por fortuna á un Bandolero
A tiempo cabalmente
Que de vida y dinero
Estaba despojando á un inocente.
Hízole cargo el Juez de su delito;
Y él respondió: Señor, desde chiquito
Fuí gato algo feliz en raterías:
Luego hebillas, relojes, capas, cajas,
Espadines robé, y otras alhajas:
Despues, ya entrado en dias,
Escalé casas; y hoy entre asesinos,
Soy salteador famoso de caminos.

Con que Vueseñoría no se espante
De que yo robe y mate á un caminante;
Porque este y otros daños
Los he estado yo haciendo cuarenta años.
¿Al Bandolero culpan?
Pues ¿por ventura dan mejor salida
Los que cuando disculpan
En las letras su error, ó su mal gusto,
Alegan la costumbre envejecida
Contra el dictámen racional y justo?

FÁBULA LVI.

LA CRIADA Y LA ESCOBA.

Cierta Criada la casa barria
Con una Escoba muy puerca y muy vieja.
Reniego yo de la Escoba, decia:
Con su basura y pedazos que deja
Por donde pasa,
Aun mas ensucia que limpia la casa.

Los remendones que escritos ajenos
Corregir piensan, acaso de errores
Suelen dejarlos diez veces mas llenos . . .
Mas no haya miedo que de estos señores
Diga yo nada :
Que se lo diga por mí la Criada.

FÁBULA LVII.

EL NATURALISTA Y LAS LAGARTIJAS.

Vió en una huerta
Dos Lagartijas
Cierto curioso
Naturalista.
Cógelas ambas,
Y á toda prisa
Quiere hacer de ellas
Anatomía.
Ya me ha pillado
La mas rolliza ;

Miembro por miembro
Ya me la trincha;
El microscopio
Luego la aplica.
Patas y cola,
Pellejo y tripas,
Ojos y cuello,
Lomo y barriga,
Todo lo aparta
Y lo examina.
Toma la pluma;
De nuevo mira;
Escribe un poco;
Recapacita.
Sus mamotretos
Despues registra;
Vuelve á la propia
Carnicería.
Varios curiosos
De su pandilla
Entran á verle:
Dales noticia
De lo que observa:
Unos se admiran:

Otros preguntan:
Otros cavilan.
  Finalizada
La anatomía,
Cansóse el sabio
De Lagartija;
Soltó la otra
Que estaba viva.
Ella se vuelve
A sus rendijas,
En donde, hablando
Con sus vecinas,
Todo el suceso
Las participa.
No hay que dudarlo,
No, las decia:
Con estos ojos
Lo ví yo misma.
Se ha estado el hombre
Todito un dia
Mirando el cuerpo
De nuestra amiga.
¿Y hay quien nos trate
De Sabandijas?

¿Cómo se sufre
Tal injusticia,
Cuando tenemos
Cosas tan dignas
De contemplarse
Y andar escritas?
No hay que abatirse,
Noble cuadrilla:
Valemos mucho,
Por mas que digan.
¿Y querrán luego
Que no se engrían
Ciertos autores
De obras inicuas?
Los honra mucho
Quien los critica.
No seriamente;
Muy por encima
Deben notarse
Sus fruslerías,
Que hacer gran caso
De Lagartijas,
Es dar motivo
De que repitan:

Valemos mucho,
Por mas que digan.

FÁBULA LVIII.

LA DISCORDIA DE LOS RELOJES.

Convidados estaban á un banquete
Diferentes amigos, y uno de ellos
Que, faltando á la hora señalada,
Llegó despues de todos, pretendia
Disculpar su tardanza. ¿ Qué disculpa
Nos podrás alegar ? le replicaron :
Él sacó su reloj : mostróle, y dijo :
¿ No ven ustedes como vengo á tiempo ?
Las dos en punto son.—Qué disparate !
Le respondieron : tu reloj atrasa
Más de tres cuartos de hora.—Pero, amigos,
Exclamaba el tardío convidado,
¿ Qué mas puedo yo hacer que dar el texto ?

Aquí está mi reloj . . . Note el curioso
Que era este señor mio como algunos
Que un absurdo cometen, y se excusan
Con la primera autoridad que encuentran.
Pues, como iba diciendo de mi cuento,
Todos los circunstantes empezaron
A sacar sus relojes en apoyo
De la verdad. Entónces advirtieron
Que uno tenia el cuarto, otro la media,
Otro las dos y veinte y seis minutos,
Este catorce mas, aquel diez ménos.
No hubo dos que conformes estuvieran.
En fin todo era dudas y cuestiones.
Pero á la astronomía cabalmente
Era el amo de casa aficionado;
Y consultando luego su infalible,
Arreglado á una exacta meridiana,
Halló que eran las tres y dos minutos,
Con lo cual puso fin á la contienda,
Y concluyó diciendo: caballeros,
Si contra la verdad piensan que vale
Citar autoridades y opiniones,
Para todo las hay; mas, por fortuna,
Ellas pueden ser muchas, y ella es una

FABULA LIX.

EL TOPO Y OTROS ANIMALES.

Ciertos animalitos,
Todos de cuatro piés,
A la gallina ciega
Jugaban una vez.
Un perrillo, una zorra
Y un raton, que son tres;
Una ardilla, una liebre
Y un mono, que con seis.
Este á todos vendaba
Los ojos, como que es
El que mejor se sabe
De las manos valer.
Oyó un Topo la bulla,
Y dijo: Pues pardiez
Que voy allá, y en rueda
Me he de meter tambien.
Pidió que le admitiesen;
Y el Mono muy cortés

Se lo otorgó, sin duda
Para hacer burla de él.
  El Topo á cada paso
Daba veinte traspiés,
Porque tiene los ojos
Cubiertos de una piel;
  Y á la primera vuelta,
Como era de creer,
Facilísimamente
Pillan á su merced.
  De ser gallina ciega
Le tocaba la vez;
Y ¿ quién mejor podia
Hacer este papel?
  Pero él con disimulo,
Por el bien parecer,
Dijo al Mono: ¿ Qué hacemos?
Vaya ¿ me venda usted?
  Si el que es ciego y lo sabe,
Aparenta que ve;
Quien sabe que es idiota,
Confesará que lo es?

FÁBULA LX.

EL VOLATIN Y SU MAESTRO.

Miéntras de un Volatin bastante diestro
Un principiante mozalbillo toma
Lecciones de bailar en la maroma,
Le dice: Vea usted, señor Maestro,
Cuánto me estorba y cansa este gran palo
Que llamamos chorizo, ó contrapeso.
Cargar con un garrote largo y grueso
Es lo que en nuestro oficio hallo yo malo.
¿A qué fin quiere usted que me sujete,
Si no me faltan fuerzas ni soltura? . . .
Por ejemplo, este paso, esta postura,
¿No la haré yo mejor sin el zoquete? .

Tenga usted cuenta . . . No es difí-
cil . . . nada . . .
Así decia ; y suelta el contrapeso.
El equilibrio pierde. Adios ! ¿ Qué es
eso ?
Qué ha de ser ? Una buena costalada.
¡ Lo que es auxilio juzgas embarazo,
Incauto jóven ! el Maestro dijo :
¿ Huyes del arte y método ? Pues, hijo,
No ha de ser este el último porrazo.

FÁBULA LXI.

EL SAPO Y EL MOCHUELO.

Escondido en el tronco de un árbol
Estaba un Mochuelo ;
Y pasando no léjos un Sapo,
Le vió medio cuerpo.
¡ Ah de arriba, señor solitario !
Dijo el tal Escuerzo :

Saque usted la cabeza, y veamos
Si es bonito, ó feo.
No presumo de mozo gallardo,
Respondió el de adentro:
Y aun por eso á salir á lo claro
Apénas me atrevo;
Pero usted que de dia su garbo
Nos viene luciendo,
¿No estuviera mejor agachado
En otro agujero?
¡O qué pocos autores tomamos
Este buen consejo!
Siempre damos á luz, aunque malo,
Cuanto componemos:
Y tal vez fuera bien sepultarlo;
Pero! ay, compañeros!
Mas queremos ser públicos Sapos
Que ocultos Mochuelos.

FÁBULA LXII.

EL BURRO DEL ACEITERO.

En cierta ocasion un cuero
Lleno de aceite llevaba
Un Borrico, que ayudaba
En su oficio á un Aceitero.
A paso un poco ligero
De noche en su cuadra entraba:
Y de una puerta en la aldaba
Se dió el porrazo mas fiero.
Ay! clamó: ¿No es cosa dura
Que tanto aceite acarree
Y tenga la cuadra oscura?
Me temo que se mosquee
De este cuento quien procura
Juntar libros que no lee.
¿Se mosquea? Bien está.
Pero este tal ¿por ventura
Mis Fábulas leerá?

FÁBULA LXIII.

LA CONTIENDA DE LOS MOSQUITOS.

Diabólica refriega
Dentro de una bodega
Se trabó entre infinitos
Bebedores Mosquitos.
Pero extraño una cosa:
Que el buen Villaviciosa
No hiciese en su *Mosquea*
Mencion de esta pelea.
Era el caso que muchos
Expertos y machuchos
Con teson defendian
Que ya no se cogian
Aquellos vinos puros,
Generosos, maduros,
Gustosos y fragantes
Que se cogian ántes.
En sentir de otros varios,
A esta opinion contrarios,

Esos vinos excelentes
Eran los mas recientes;
Y del opuesto bando
Se burlaban, culpando
Tales ponderaciones
Como declamaciones
De apasionados jueces,
Amigos de vejeces.
Al agudo zumbido
De uno y otro partido
Se hundia la bodega:
Cuando héteme que llega
Un anciano Mosquito,
Catador muy perito;
Y dice, echando un taco:
Por vida del Dios Baco . . .
(Entre ellos ya se sabe
Que es juramento grave):
Donde yo estoy, ninguno
Dará mas oportuno,
Ni mas fundado voto.
Cese ya el alboroto.
A fe de buen Navarro,
Que en tonel, bota, ó jarro,

Barril, tinaja ó cuba
El jugo de la uva
Difícilmente evita
Mi cumplida visita;
Y en esto de catarle,
Distinguirle, y juzgarle
Puedo poner escuela
De Jerez á Tudela,
De Málaga á Peralta,
De Canarias á Malta,
De Oporto á Valdepeñas.
Sabed, por estas señas,
Que es un gran desatino
Pensar que todo vino
Que desde su cosecha
Cuenta larga la fecha,
Fué siempre aventajado.
Con el tiempo ha ganado
En bondad, no lo niego;
Pero si él desde luego
Mal vino hubiera sido,
Ya se hubiera torcido:
Y al fin tambien habia,
Lo mismo que en el dia,

En los siglos pasados
Vinos avinagrados.
Al contrario, yo pruebo
A veces vino nuevo
Que apostarlas pudiera
Al mejor de otra era:
Y si muchos agostos
Pasan por ciertos mostos
De los que hoy se reprueban,
Puede ser que los beban
Por vinos exquisitos
Los futuros Mosquitos.
Basta ya de pendencia;
Y por final sentencia
El mal vino condeno;
Le chupo cuando es bueno,
Y jamas averiguo
Si es moderno ó antiguo.
  Mil doctos importunos,
Por lo antiguo los unos,
Otros por lo moderno,
Sigan litigio eterno.
Mi texto favorito
Será siempre el Mosquito.

FÁBULA LXIV.

LA RANA Y LA GALLINA.

Desde su charco una parlera Rana
Oyó cacarear á una Gallina.
Vaya! la dijo: no creyera, hermana,
Que fueras tan incómoda vecina.
Y con toda esa bulla ¿qué hay de nuevo?—
Nada, sino anunciar que pongo un huevo—
Un huevo solo? Y alborotas tanto!—
Un huevo solo; sí, señora mia.
¿Te espantas de eso, cuando no me espanto
De oirte como graznas noche y dia?
Yo, porque sirvo de algo, lo publico:
Tú, que de nada sirves, calla el pico.

FÁBULA LXV.

EL ESCARABAJO.

Tengo para una fábula un asunto,
Que pudiera muy bien; . . . pero algun
dia
Suele no estar la Musa muy en punto.
Esto es lo que hoy me pasa con la
mia;
Y regalo el asunto á quien tuviere
Mas despierta que yo la fantasía:
Porque esto de hacer fábulas requiere
Que se oculte en los versos el trabajo,
Lo cual no sale siempre que uno quiere.
Será pues un pequeño Escarabajo
El héroe de la fábula dichosa,
Porque conviene un héroe vil y bajo.
De este insecto refieren una cosa:
Que, comiendo cualquiera porquería,
Nunca pica las hojas de la rosa.
Aquí el autor con toda su energía

Irá explicando como Dios le ayude
Aquella extraordinaria antipatía.
 La mollera es preciso que le sude
Para insertar despues una advertencia
Con que entendamos á lo que esto alude.
 Y, segun le dictare su prudencia,
Echará circunloquios y primores,
Con tal que diga en la final sentencia:
 Que así como la reina de las flores
Al sucio Escarabajo desagrada,
Así tambien á góticos doctores
Toda invencion amena y delicada.

FÁBULA LXVI.

EL RICOTE ERUDITO.

Hubo un Rico en Madrid, y aun dicen
 que era
Mas necio que rico,

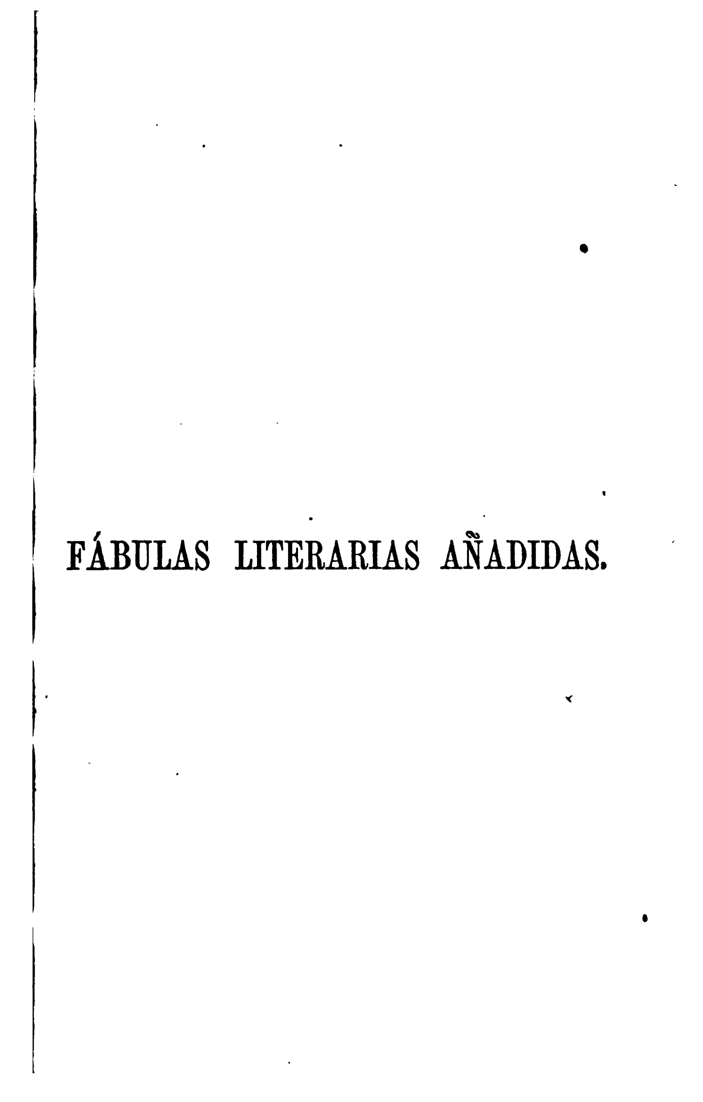
Cuya casa magnífica adornaban
Muebles exquisitos.
¡Lástima que en vivienda tan preciosa,
Le dijo un amigo,
Falte una librería! bello adorno,
Util y preciso.
Cierto, responde el otro: ¡Qué esa idea
No me haya ocurrido! . . .
A tiempo estamos. El salon del norte
A este fin destino.
Que venga el ebanista, haga estantes
Capaces, pulidos,
A toda costa. Luego trataremos
De comprar los libros.—
Ya tenemos estantes. Pues ahora
El buen hombre dijo:
Echarme yo á buscar doce mil tomos!
No es mal ejercicio!
Perderé la chaveta, saldrán caros,
Y es obra de un siglo . . .
Pero ¿no era mejor ponerlos todos
De carton fingidos?

Ya se ve: porqué nó? Para estos casos
Tengo un pintorcillo:
Que escriba buenos rótulos, é imite
Pasta y pergamino.
Manos á la labor. Libros curiosos
Modernos y antiguos
Mandó pintar, y á mas de los impresos,
Varios manuscritos.
El bendito Señor repasó tanto
Sus tomos postizos,
Que, aprendiendo los rótulos de muchos,
Se creyó erudito.
Pues ¿qué mas quieren los que solo estudian
Títulos de libros,
Si con fingirlos de carton pintado
Les sirven lo mismo?

FÁBULA LXVII.

LA VÍBORA Y LA SANGUIJUELA.

Aunque las dos picamos, dijo un dia
La Víbora á la simple Sanguijuela,
De tu boca reparo que se fia
El hombre, y de la mia se rezela.
La Chupona responde: Ya, querida;
Mas no picamos de la misma suerte:
Yo, si pico á un enfermo, le doy vida:
Tú, picando al mas sano, le das muerte.
Vaya ahora de paso una advertencia;
Muchos censuran, sí, lector benigno;
Pero á fe que hay bastante diferencia
De un censor útil á un censor maligno.



FÁBULAS LITERARIAS AÑADIDAS.

NOTA Y ADVERTENCIA

PUESTAS LA UNA EN LA CUARTA EDICION DE LAS FÁBULAS, Y LA OTRA EN LA SEGUNDA DE LAS OBRAS DEL AUTOR.

Entre la variedad de opúsculos, apuntamientos y proyectos de obras que Don Tomás de Iriarte tenia premeditados, y se han recogido á su fallecimiento, existe una copiosa serie de pensamientos, ideas y planes para Fábulas, principalmente literarias y críticas. Algunas dejó empezadas en verso, y algunas extendidas en prosa.

Solo dos se han encontrado concluidas en metro: la primera contra los que afectadamente usan de palabras anticuadas, vicio ya ridiculizado en la Fábula XXXIX del Retrato de Golilla; y la segunda compuesta en un intervalo de su última enfermedad sobre la incertidumbre é insuficiencia del arte médica.

Para satisfacer los deseos de personas que

se distinguen en el aprecio general que tan célebre ingenio debe á la nacion, se añadirán aquí ambas Fábulas, como tambien una de las que dejó bosquejadas y en prosa, y alude á la sátira, ó libelo personal intitulado *El Asno Erudito*, en que prorumpió la envidia literaria descubriendo cuánto la irritaba el singular talento del autor de las Fábulas literarias, y con que ademas quiso el propio compositor de aquel folleto despicarse de no haber logrado elogios, ántes mendigados por él, y no merecidos ni obtenidos á favor de unos discursos que despues estampó, y han desaprobado igualmente escritores y críticos sensatos.

Advertencia.—Esta nota que precede se puso en la cuarta edicion de las Fábulas. Ahora se añaden á las dos citadas seis Fábulas mas que se han encontrado al examinar para la presente edicion de las Obras de Don Tomás de Iriarte los borradores ó minutas que se han podido preservar de la mano infiel que distrajo y usurpó varios escritos originales del autor pocos momentos despues de espirar.

FÁBULAS AÑADIDAS.

FÁBULA I.

EL RICACHO METIDO Á ARQUITECTO.

Cierto Ricacho labrando una casa
De arquitectura moderna y mezquina,
Desenterró de una antigua ruïna
Ya un capitel, ya un fragmento de basa,
Aquí un adorno, y allá una cornisa,
Media pilastra y alguna repisa.
Oyó decir que eran restos preciosos
De la grandeza y del gusto romano,
Y que arquitectos de juicio muy sano,
Con imitarlos se hacian famosos.

Para adornar su infeliz edificio,
En él á trechos los fué repartiendo.
Lindo pegote ! gracioso remiendo !
Todos se rien del tal frontispicio ;
Ménos un quidam que tiene unos léjos
Como de docto, y es tal su manía,
Que desentierra vocablos añejos
Para amasarlos con otros del dia.

FÁBULA II.

EL MÉDICO, EL ENFERMO, Y LA ENFERMEDAD.

Batalla el Enfermo
Con la Enfermedad,
Él por no morirse,
Y ella por matar.
Su vigor apuran
A cuál puede mas,

Sin haber certeza
De quién vencerá.
Un corto de vista
En extremo tal,
Que apénas los bultos
Puede divisar,
Con un palo quiere
Ponerlos en paz:
Garrotazo viene,
Garrotazo va.
Si tal vez sacude
Á la Enfermedad,
Se acredita el ciego
De lince sagaz;
Mas si, por desgracia,
Al Enfermo da,
El ciego no es ménos
Que un topo brutal.
¿Quién sabe cuál fuera
Mas temeridad,
Dejarlos matarse,
O ir á meter paz?
Antes que te dejes
Sangrar ó purgar,

Esta es fabulilla
Muy medicinal.

FÁBULA III.

EL CANARIO Y EL GRAJO.

Hubo un Canario que habiéndose esmerado en adelantar en su canto, logró divertir con él á varios aficionados, y empezó á tener aplauso. Un Ruiseñor extranjero generalmente acreditado,* hizo particulares elogios de él, animándole con su aprobacion.

Lo que el Canario ganó, así con este favorable voto, como con lo que procuró estudiar para hacerse digno de él, excitó la envidia de algunos pájaros. Entre estos habia unos que tambien cantaban bien ó mal, y justamente por ello le per-

* El célebre Metastasio.

seguian. Otros nada cantaban, y por lo mismo le cobraron odio. Al fin un Grajo que no podia lucir por sí, quiso hacerse famoso con empezar á chillar públicamente entre las aves contra el Canario. No acertó á decir en qué cosa era defectuoso su canto; pero le pareció que para desacreditarle bastaba ridiculizarle el color de la pluma, la tierra en que habia nacido, etc., acusándole, sin pruebas, de cosas que nada tenian que ver con lo bueno ó malo de su canto. Hubo algunos pájaros de mala intencion que aprobaron y siguieron lo que dijo el Grajo.

Empeñóse este en demostrar á todos que el que habian tenido hasta entónces por un Canario diestro en el canto, no era sino un borrico, y que lo que en él habia pasado por verdadera música era en la realidad un continuado rebuzno. Cosa rara! decian algunos: el Canario rebuzna: el Canario es un borrico. Extendióse entre los animales la fama de tan nueva maravilla, y vinieron á ver cómo

un Canario se habia vuelto burro. El Canario aburrido no queria ya cantar; hasta que el Águila, reina de las aves, le mandó que cantase para ver si en efecto rebuznaba, ó no; porque, si acaso era verdad que rebuznaba, queria excluirle del número de sus vasallos los pájaros. Abrió el pico el Canario, y cantó á gusto de la mayor parte de los circunstantes. Entónces el Águila, indignada de la calumnia que habia levantado el Grajo, suplicó á su Señor el Dios Júpiter que le castigase. Condescendió el Dios, y dijo al Águila que mandase cantar al Grajo. Pero cuando este quiso echar la voz, empezó por soberana permision á rebuznar horrorosamente. Riéronse todos los animales, y dijeron: con razon se ha vuelto asno el que quiso hacer asno al Canario.

FÁBULA IV.

EL GUACAMAYO Y EL TOPO.

Mirándose al soslayo
Las alas y la cola un Guacamayo,
Presumido exclamó: Por vida mia
Que aun el Topo, con todo que es un ciego,
Negar que soy hermoso no podria! . . .
Oyólo el Topo, y dijo: no lo niego;
Pero otros Guacamayos por ventura
No te concederán esa hermosura.
El favorable juicio
Se ha de esperar mas bien de un hombre lego
Que de un hombre capaz, si es del oficio.

FÁBULA V.

EL CANARIO Y OTROS ANIMALES.

De su jaula un dia
Se escapó un Canario,
Que fama tenia
Por su canto vario.
¡ Con qué regocijo
Me andaré viajando,
Y haré alarde, dijo,
De mi acento blando !
Vuela con soltura
Por bosques y prados,
Y el caudal apura
De dulces trinados.
Mas ay ! aunque invente
El mas suave paso,
No encuentra viviente
Que de él haga caso.

Una Mariposa
Le dice burlando:
Yo de rosa en rosa
Dando vueltas ando.
Serás ciertamente
Un Músico Tracio;
Pero busca oyente
Que esté mas despacio.
Voy, dijo la Hormiga,
A buscar mi grano . . .
Mas usted prosiga,
Cantor soberano.
La Raposa añade:
Celebro que el canto
A todos agrade;
Pero yo entre tanto
(Esto es lo primero)
Me voy acercando
Hácia un gallinero
Que me está esperando.
Yo, dijo un Palomo,
Ando enamorado;
Y así el vuelo tomo
Hasta aquel tejado.

A mi Palomita
Es ya necesario
Hacer mi visita;
Perdone el Canario.
  Gorjeando estuvo
El Músico grato;
Mas apénas hubo
Quién le oyese un rato.
  ¡Á cuántos autores
Sucede otro tanto!

FÁBULA VI.

EL MONO Y EL ELEFANTE.

A un congreso de varios animales
Con toda seriedad el Mono expuso
Que á imitacion del uso
Establecido entre los hombres racionales,
Era vergüenza no tener historia,

Que, al referir su orígen y sus hechos,
Instruirlos pudiese y darles gloria.
Quedando satisfechos
De la propuesta idea,
El Mono se encargó de la tarea;
Y el rey Leon en pleno consistorio
Mandó se le asistiese puntualmente
Con una asignacion correspondiente,
Ademas de los gastos de escritorio.
  Pide al Ganso una pluma
El nuevo autor; emprende su faena,
Y desde luego en escribir se estrena
Una histórica suma,
Que solo contenia los anales
Suyos y de los monos compañeros;
Mas pasando despues años enteros,
Nada habló de los otros animales,
Que esperaron en vano
Volver á ver mas letra de su mano.
  El Elefante, como sabio, un dia
Por tan grave omision cargos le hacia;
Y respondióle el Mono: "No te espantes; [copio.
Pues aun en esto á muchos hombres

Obras prometo al público importantes,
Y al fin no escribo mas que de mi propio."

FÁBULA VII.

EL RIO TAJO, UNA FUENTE Y UN ARROYO.

En tu presencia, venerable Rio,
(Al Tajo de este modo habló una Fuente)
De un poeta me quejo amargamente,
Porque ha dicho (y no hay tal) que yo *me rio.*
Un Arroyo añadió: Sí, padre mio;
Es una furia lo que ese hombre miente.
Yo voy á mi camino, no censuro,
Y con todo ha fingido que *murmuro.*
Dicen que el Tajo luego
Así les respondió con gran sosiego:
"¿No tengo yo tambien oro en mi arena?

"Pues qué? De los poetas os espantan
"Los falsos testimonios? . . . No os dé
pena.
"Mayores entre sí se los levantan.
"*Reid y murmurad* en hora buena."

FÁBULA VIII.

EL CARACOL Y LOS GALÁPAGOS.

Aunque no es bueno el tòdo
Si no lo son las partes,
Y vale poco el cuerpo
En que cada individuo poco vale;
Muchos que obras no estiman
De los particulares,
Si estos las hacen juntos,
Con respeto las miran al instante.
Un Caracol terrestre
Al caer de la tarde

Salió á tomar el fresco,
Y á un Galápago vió, que iba de viaje.
No se apresure, hermano,
Le dijo por hurlarse
Del paso que llevaba,
Añadiendo otras pullas bien picantes.
Diez Galápagos juntos
Topó mas adelante,
Que de un pequeño charco
Pasaban á buscar otro mas grande.
Y el Caracol entónces
A cuadrilla tan grave
Dejó libre el camino,
Diciendo únicamente: "Ustedes pasen."
Al Galápago solo
Tuvo por despreciable;
Pero á los diez unidos
Tuvo como á personas de carácter.

FÁBULA IX.

LA VERRUGA, EL LOBANILLO Y LA CORCOBA.

Cierto poeta
(Que por oficio
Era de aquellos
Cuyos caprichos
Antes que puedan
Ponerse en limpio
Ya en los teatros
Son aplaudidos)
Trágicos dramas,
Comedias hizo,
Varios sainetes
De igual estilo.
Aunque pagado
De sus escritos,
Pidió no obstante
A un docto amigo
Que le dijera

Sin artificio
Cuál de su aprecio
Era mas digno.
Él le responde:
Yo mas me inclino
A los sainetes.—
¿Por qué motivo?—
Tenga paciencia:
Voy á decirlo . . .
Oigame un cuento
Nada prolijo.
Una Verruga,
Un Lobanillo,
Y una Corcoba,
Miren qué trio!
Diz que tenian
Cierto litigio
Sobre cuál de ellos
Era mas lindo.
Doña Joroba
Por lo crecido
La primacía
Llevarse quiso.
Quiso, porque era

Don Lobanillo
Proporcionado,
Ser mas pulido.
Mas la Verruga
Pidió lo mismo,
Porque su gracia
Funda en lo chico.
Esta contienda
Oyó un perito;
Dióle gran risa,
Y al punto dijo:
¡ Vaya, Verruga,
Que hablas con juicio!

Sois todos tres, á la verdad, tan buenos,
Que bien puedes decir: *del mal el ménos.*

TRADUCCION

DE CATORCE FÁBULAS ESCOGIDAS

DE FEDRO.

PRÓLOGO DEL LIBRO PRIMERO.

Aqueste asunto que en senarios versos
Hoy pulo y perfecciono,
De Esopo fué invencion. Tiene en su abono
Esta obrilla dos méritos diversos;
Pues á reir convida,
Y sábias reglas da para la vida;
Mas si hay alguno que la tacha objete
De que hago hablar los árboles y fieras,
Sepa que no lo digo tan de veras;
Porque todo es ficcion, todo juguete.

FÁBULA I.

EL LOBO Y EL CORDERO.

Al Lobo y al Cordero
Una gran sed al mismo arroyo trajo;
Mas bebiendo distantes, el primero
Estaba arriba, y el segundo abajo.
Instigado del hambre carnicera
El rapaz Lobo, para armar quimera,
Luego un pretexto fragua,
Y al Corderillo dice:
¿Porqué te atreves á enturbiarme el agua?
Señor Lobo, responde el infelice,
Temblando ya de miedo:
Yo ciertamente cometer no puedo
Ese delito de que usted se queja;
Pues solo bebo el agua que me deja.
Convencido el traidor con un descargo
Tan justo y verdadero,
Está bien (continuó); mas sin embargo,

Me acuerdo que há seis meses
Me injuriaste con dichos descorteses.
Replicóle el Cordero:
Señor: ¿seis meses há? Por vida mia
Que no estaba en el mundo todavía.
Pues si no has sido tú quien me injuriaste,
Dijo entónces la fiera,
Tu padre fué sin duda; y esto baste.
Y sin mas fundamento,
Del triste Corderillo se apodera,
Haciéndole pedazos al momento.
Esta fábula á muchos vitupera,
Que para la opresion del inocente
Hallan siempre motivo, aunque aparente.

FÁBULA III.

EL GRAJO VANO Y EL PAVO REAL.

Con este ejemplo Esopo nos advierte
Que nadie con lo ajeno triunfe y luzca;

Sino que se reduzca
A vivir satisfecho con su suerte.
  Hinchado un Grajo de arrogancia vana,
De un Pavo Real las plumas recogia;
Y despues que con ellas se engalana,
Despreciando la antigua compañía.
De todos sus iguales,
En la hermosa manada
Se introduce de varios Pavos Reales.
Ellos quitan la pluma al ave osada,
Y con los duros picos la escarmientan,
Hasta que de su gremio al fin la ahuyen-
tan.
El Grajo, mal parado,
Se vuelve á los demas de su linaje;
Mas padeció el ultraje
De que no le sufriesen á su lado.
Y díjole un honrado compañero
De aquellos que él menospreció primero:
Si aquí hubieras vivido, y el estado
A que te destinó Naturaleza
Hubieras tolerado con firmeza,
Ni entre los Pavos Reales
Padeciera tu honor sonrojos tales,

Ni tampoco te vieras en trabajos,
Abandonado ahora de los Grajos.

FÁBULA IV.

EL PERRO PASANDO EL RIO CON UN PEDAZO DE CARNE EN LA BOCA.

Quien lo ajeno codicia
Hasta lo suyo pierde; y con justicia.
  Cierto Can que pasaba un rio á nado
Con un trozo de carne entre los dientes,
Viéndose en los cristales transparentes
Al vivo retratado,
Creyó que era otro Can con otra presa:
Robársela intentó; y erró la empresa;
Porque soltó engañada
La segura comida,
Y no pudo lograr la apetecida.

FÁBULA VI.

LAS RANAS AL SOL.

Vió Esopo celebrar el casamiento
De un gran ladron que cerca de él vivia;
Y refirió esta fábula al momento.
  Queriendo el Sol un dia
Contraer matrimonio, á las estrellas
Levantaron las Ranas su graznido.
De las voces y quejas conmovido
Júpiter, preguntó la causa de ellas.
Respondió entónces una:
El Sol, siendo soltero, es muy bastante
Para secarnos hoy cualquier laguna,
Y darnos muerte en áridas moradas.
Si tiene sucesion de aquí adelante,
¿Qué será de nosotras desdichadas?

FÁBULA VIII.

EL LOBO Y LA GRULLA.

Aquel que á los malvados,
Esperando algun premio, favorece,
Obra mal por dos lados;
Pues hace un beneficio
A quien no lo merece,
Y al cabo nunca sale sin perjuicio.
Quedándosele á un Lobo en la garganta
Atravesado un hueso,
Y cediendo al exceso
Del dolor que las fuerzas le quebranta,
Ofrece dar un premio á quien le saque
Aquella dura causa de su achaque.
La Grulla convencida, y ya segura
Con formal juramento que primero
La prestó el Lobo, ejecutó la cura,
Metiendo el largo cuello en el garguero;
Y por operacion tan arriesgada
Pidió la recompensa estipulada.

Ingrato animal eres,
El Lobo replicó: por tu fortuna,
De mi gaznate sin lesion alguna
Sacaste el cuello, ¿qué mas premio quie-
res?

FÁBULA X.

EL LOBO Y LA ZORRA, SIENDO JUEZ EL MONO.

El que una vez ha sido claramente
Cogido en vergonzosas falsedades,
Aunque diga verdades,
Parecerá despues que siempre miente:
Y así nos lo acredita
Esopo en la siguiente fabulita.
Acusando una vez de cierto robo
A la Raposa el Lobo,
Ella dijo que estaba muy distante
De incurrir en delito semejante.

Sentóse en medio como juez el Mono;
Y despues que uno y otro litigante
Alegaron razones en su abono,
Diz que pronunció el Mono esta sentencia:
Lobo, no hay apariencia
De haber perdido tú lo que pretendes;
Pero Zorra, sospecho
Que, aunque con tanta gracia te defiendes,
Desde luego es verdad que el robo has hecho.

FÁBULA XII.

EL VENADO MIRÁNDOSE EN LA FUENTE.

Bien demuestra la fábula siguiente
Que lo que se desprecia y vitupera
Mas útil suele ser frecuentemente
Que lo que con elogios se pondera.

Cierto Venado á orillas de una fuente,
Despues de haber bebido, se detuvo
A observar en el agua su figura.
Considerando estuvo
De sus ramosas astas la hermosura:
Las admira y alaba;
Mas sus delgadas piernas afeaba.
En esto, con las voces espantado
De algunos cazadores, por el prado
Fué huyendo, de manera
Que á los perros burló con su carrera.
A una selva se acoge el tal Venado;
Mas, como entre los árboles se enreda,
Preso en las ramas por las astas queda;
Y allí con los mordiscos mas crueles
Luego le despedazan los lebreles.
Muriendo entónces dijo de este modo:
¡O cuán tarde, ay de mí me desengaño,
De que mi bien y mi provecho todo
Era lo que miraba con desprecio;
Y que todo mi mal, todo mi daño
Nace de lo que tuve en tanto aprecio!

FÁBULA XIII.

LA ZORRA Y EL CUERVO.

Quien se rinde con gusto al falso halago
De la lisonja, suele con afrenta
Llevar al fin el pago;
Y aunque tarde, es preciso se arrepienta.
Miéntras posado un Cuervo en lo mas alto
De un árbol, engullir un queso intenta
Que hurtó de una ventana por asalto,
La Zorra que le advierte,
Se le acerca, diciendo de esta suerte:
O Cuervo! ¡ cuán brillante
Es de tus plumas el color hermoso!
Qué agraciado semblante!
Qué cuerpo tan airoso!
Si al personal tu voz correspondiera,
Fueras entre las aves la primera.

El necio Cuervo pretendió al instante
Lucir la voz: el queso vino al suelo,
La Zorra astuta recogióle al vuelo,
Y con ansia voraz le metió el diente,
Dejando que lamente
El engañado Cuervo su simpleza.
Acredita este cuento
Lo que puede el ingenio y la destreza,
Y que las fuerzas ceden al talento.

FÁBULA XV.

EL ASNO Y EL PASTOR ANCIANO.

Mudándose el gobierno, solo muda
De nombre de Señor la pobre gente;
Y lo prueba sin duda
La compendiosa fábula siguiente.
Cierto Anciano muy tímido en un prado
Estaba apacentando su Pollino;

Mas, de los enemigos asustado,
Con un clamor de alarma repentino,
Por no caer en su poder acaso,
Instaba al Rucio que apretase el paso.
Pero él le dijo con paciencia tarda:
¿Me pondrá el vencedor mas de una albarda?
No por cierto, el Anciano le contesta.
Pues, amigo, dió el Asno por respuesta,
Si no es dable me exima
De llevar, á la larga ó á la corta,
Siempre una albarda encima,
¿Ser burro de él ó tuyo qué me importa?

FÁBULA XX.

LOS PERROS HAMBRIENTOS.

Suele todo proyecto
Que dictó el desvarío
Servir de daño, sin tener efecto.

En el fondo de un rio
Viendo un cuero unos Perros, discurrian
Que sacarle y comérsele podrian
Cómoda y fácilmente,
Si bebiendo agotaban la corriente.
Hártanse de agua; pero al fin revientan
Antes que se les logre lo que intentan.

FÁBULA XXII.

LA COMADREJA Y UN HOMBRE.

Llegó una Comadreja á ser cogida
Por un Hombre; y el riesgo de su vida
Evitar quiso con razones tales:
Ruégote me perdones,
Pues que limpio tu casa de ratones,
Que son tan enfadosos animales.
El Hombre respondió: Si tú lo hicieras
Por conveniencia mia,
Te lo agradeceria,

Y aun lograrias el perdon que esperas;
Pero como yo sé que, si te afanas,
Es porque tienes ganas
De lograr sola tú los desperdicios
Que ellos han de roer, y los persigues,
Por si acaso comértelos consigues;
Déjate de alegar vanos servicios.
Diciendo de esta suerte,
Al animal perverso dió la muerte.
Esto se dijo para que lo entienda
Quien por fineza á los incautos venda
Lo que tan solo ha hecho
Por su comodidad y su provecho.

FÁBULA XXVI.

LA ZORRA Y LA CIGUEÑA.

A nadie se haga mal; y quien le hi-
ciere
En la misma moneda el pago espere,

Según aquesta fábula lo enseña.
Cuentan que á la Cigüeña
Convidando primero
A comer la Raposa,
No le puso otra cosa
Que una porcion de caldo en un trinchero;
Y el ave hambrienta ni aun probarle pudo.
Convidó despues ella
A la Zorra; y le puso una botella
Llena de un almodrote bien menudo.
Allí la tal Cigüeña el pico mete;
Y miéntras á su gusto se repleta,
La convidada Zorra guarda dieta,
Lamiendo la infeliz solo el gollete,
Vano alivio del hambre que la mata.
Entónces dijo el ave esta sentencia:
Justo es que cada cual tenga paciencia,
Si los demas le tratan como él trata.

FÁBULA V DEL LIBRO V.

EL TRUHAN Y EL RÚSTICO.

Guíanse los mortales por pasiones;
Y despues que sostienen
Sus caprichos y erradas opiniones,
Con la evidencia á retractarse vienen.
Dando un Rico unas célebres funciones,
Cierto premio ofrecia
Para que concurriesen á porfía
Todos con divertidas invenciones.
Al certámen ruidoso
Gran porcion de hombres hábiles asiste;
Y entre ellos un Bufon, que era famoso
Por su gracejo y chiste,
Dijo que un espectáculo tenia
Jamas visto en la escena todavía.
Luego que el caso en la ciudad se sabe,
Acude tal gentío,
Que al fin apénas cabe
En el teatro que encontró vacío.

Presentóse el Truhan sin aparato
Ni ayuda de otro actor; y á breve rato,
Cuando la expectacion silencio impuso,
Dentro del seno la cabeza puso,
Y remedó el gruñido [mente.
De un lechon con su voz muy propia-
Porfiaba la gente
Que en efecto escondido
Tendria algun lechon bajo la capa.
Le mandan la sacuda; él se destapa;
Y al ver que nada habia, palmotean,
Y todos á una voz le victorean.
Dijo entónces un Rústico: A fe mia,
Que no me ha de ganar; y ofrece al punto
Que él lo hará, y aun mejor, al otro dia.
Ya un concurso mayor estaba junto,
Que allí á burlarse, mas que á verle, vino,
A favor del Bufon preocupado.
Uno y otro salieron al tablado:
Y excitando un aplauso repentino,
Antes gruñó el Truhan que el Campesino.
Este fingió tener bajo su sayo

Un lechon encubierto:
Y en efecto era cierto;
Pues uno trajo á prevencion el Payo,
Sin peligro de verse descubierto,
Porque tambien aparentaba un bulto
El Bufon, sin que nada hubiese oculto.
Tira en fin de una oreja
Al lechon verdadero y escondido:
Él, sintiendo el dolor, y mal sufrido,
En su gruñido natural se queja.
Todo el concurso grita
Que es el Truhan el que mejor lo imita;
Que echen enhoramala al Aldeano.
Mas él sacó del seno su marrano;
Y dándoles en cara
Con aquel testimonio convincente,
Su torpe error les puso bien patente,
Diciendo: este lechon es quien declara
Que son vuesas mercedes, mis señores,
Unos delicadísimos censores.

ÍNDICE DE LAS FÁBULAS

Y DE SUS ASUNTOS.

FÁBULAS AÑADIDAS

EN ESTA EDICION.

FÁBULAS TRADUCIDAS

DE FEDRO.

GÉNEROS DE METRO

USADOS EN ESTAS FÁBULAS.

1. Alejandrinos de catorce sílabas. Fáb. X.
2. Pareados de trece y de doce sílabas á la francesa. Fáb. VII.

